

TEOLOGÍA PAULINA Y EL ORIGEN DEL CRISTIANISMO

«El manantial, que fluye con calma y transparencia en los Evangelios parece brotar a borbotones en las cartas de Pablo. ¿Qué le habría dicho Cristo a Pablo? Pero uno podría responder con razón: ¿Qué te importa a ti eso? Procura ser buena persona ... En los Evangelios – es mi impresión – todo es más sencillo, más humilde, más simple. Hay chozas; con Pablo una iglesia. Allí todas las personas son iguales y Dios mismo es una persona; con Pablo ya hay algo así como una jerarquía: dignidades y cargos. – Esto es lo que me dice mi OLFATO, por así decirlo.» [Ludwig Wittgenstein: *Über Gewissheit*. Frankfurt a. M.: stw 508, 1994, p. 492 (*Vermischte Bemerkungen*)]

EL MENSAJE DE JESÚS Y EL CRISTIANISMO DE PABLO

«El gnosticismo cristiano de los siglos II y III no es sino una forma peculiar – que no tuvo éxito a la larga– de entender el Cristianismo, pero mucho más parecida al cristianismo paulino y johánico que lo que podrían parecerse éstos al mensaje originario de Jesús.

En efecto, no creo que sea ya hoy objeto de discusión que **Jesús** –desde el punto de vista de la evolución del judaísmo al cristianismo– **fue en realidad el último judío** y que **Pablo fue el primer cristiano**.

El mensaje de Jesús debe injertarse e interpretarse a la luz de las esperanzas mesiánicas que en su época eran ambiente absolutamente vivo y normal en Palestina. Jesús predicó una conversión que interesaba principalmente a las «ovejas» perdidas de Israel, predicó la inminencia de un reino de Dios cuyo contenido jamás explicitó, pues daba por supuesto que era entendido por todos los oyentes judíos: este reino, de llegada inmediata y cuyo mensajero y comienzo era él mismo, exigía un cumplimiento a rajatabla –aunque sublimado– de la Ley de Moisés, sin que se perdiera una iota o tilde de ella; tal cumplimiento servía para prepararse a una futura pero, inmediata, actuación de Dios que habría de establecer su pleno dominio sobre Israel y las naciones en un final del mundo que se imaginaba absolutamente cercano. Y aunque puede ser verdad que Jesús no debió ser un predicador político ni sus intenciones albergaban propósitos militares, como otras muchas figuras que se proclamaron mesías en su tiempo, sí es cierto que la ética que anunciaba era de «pura interinidad»: abandonar todas las riquezas y los bienes, la familia y sus deberes todos para, convirtiéndose, esperar esa llegada inmediata del reino de Dios.

Pablo, por el contrario, proclamará un evangelio muy distinto, no recibido –como dice él– por mano y vía de otros hombres sus coetáneos judíos, sino por una revelación directa de la divinidad. En su evangelio ha desaparecido por completo el concepto de «Reino de Dios» –tal como se desprende de la predicación primigenia de Jesús, restringido a Israel–, y este concepto de «reino» se ve sustituido por una salvación de todo aquel que espera en la muerte salvífica de Jesús, enviado no sólo a predicar «a las ovejas descarriadas de Israel», sino a todo el mundo, sin distinción de gentil judío, o bárbaro. Este cambio de una perspectiva israelita a otra más universal es posible porque Pablo es un ciudadano romano, un hombre del Imperio, y reinterpreta el cristianismo por medio de una revelación en la única forma posible para un individuo que se sabía miembro de toda la oikoumene conocida, es decir, lo entiende necesariamente en clave de salvación universalista. Es verdad que Pablo, como partícipe también de las ideas apocalípticas judías, seguía creyendo en un fin del mundo inmediato, es decir, en una escatología de futuro; pero sus ideas muestran ya clarísimos puntos de contacto con el armazón ideológico que luego vemos en los sistemas gnósticos de los siglos II y III. Su doctrina sobre la situación penosa de toda la creación y la caída de Adán (Rom), su contraposición entre individuos psíquicos y pneumáticos (1 Cor), entre lo de arriba y lo de abajo, la luz y la oscuridad (Rom/Tes), sus ideas sobre el dominio de este mundo por las potencias o arcontes angélicos intermedios (1-2 Cor) y sobre grandes inconvenientes del matrimonio (1 Cor) muestran rasgos de gran parentesco con la gnosis. Igualmente son afines a la gnosis, su concepción del Salvador como ser que desciende a la tierra, manteniéndose desconocido a los «príncipes de este siglo que son quienes lo crucifican» (1 Cor) y su ascensión al cielo como un ser divino (Flp) recuerda también especulaciones gnósticas sobre el «Hombre perfecto», la doctrina de la unión de los cristianos entre sí con Cristo en el «cuerpo de éste» (1 Cor Rom) y la contraposición entre el 1.0 y 2.0 Adán. La comunidad paulina, liberada de la tiranía de la ley judía, es parecida a la de la mayoría de las denominaciones gnósticas que postulan una comunidad de salvación no restringida por la ley o por la raza, y por último, los cristianos regidos sólo por el espíritu –los «pneumáticos» ya mencionados– se parecen extraordinariamente a los espirituales gnósticos, sobre todo puesto que Pablo afirma de éstos que son como una «nueva criatura» (2 Cor) que participan de la gloria de Dios a cara descubierta, «transformados en la misma imagen, de gloria en gloria, como movidos por el espíritu del señor» (2 Cor. 3, 18) (Cf. E. Haenchen, art. «Gnosis und NT», en RGG, ad loc., cols. 1652 y ss.).

Con todo ello creo que queda bien claro que el cristianismo de Pablo y de Juan es mucho más parecido al gnosticismo del siglo II y III que lo que se parece el mensaje primigenio de Jesús a la interpretación cristiana de Juan y Pablo. O dicho con otras palabras: el cambio producido entre el mensaje primigenio de Jesús y el de Pablo y Juan se realiza en el sentido de transformar el ideario palestinomesiánico de Jesús en un sistema gnóstico moderado, sin base filosófica sistemática. El cristianismo paulino aceptando la figura de Jesús y su pretensión de ser el mesías se transforma en una respuesta universal a los

sentimientos y exigencias religiosas que eran comunes a muchas gentes de la cuenca del Mediterráneo de entonces: la consecución de una salvación personal, ligadas a las condiciones del individuo mismo y no su pertenencia a una raza.

El gnosticismo de los siglos II y III no es más que la prosecución lógica de una evolución religiosa iniciada con Pablo nada más nacer la teología cristiana. Dicho con otras palabras: al igual que Pablo reinterpreto el mensaje puramente palestino de Jesús con categorías pertenecientes en parte a una gnosis moderada, el gnosticismo de estos dos siglos prosigue por ese mismo camino radicalizando la reinterpretación del acontecimiento de Jesús por medio de categorías por así decirlo, aún más gnósticas y más griegas.

Así, pues, repito de nuevo:

Pablo transforma el ideario particularista de Jesús en un mensaje universal de salvación utilizando esquemas de una cierta gnosis judía platonizante; el gnosticismo continúa esa misma tendencia interpretando ya todo su sistema religioso con una absoluta dosis de platonismo y de filosofía helenística en general.

Pero, insisto, sobre todo en los siglos I y II ambas corrientes de interpretación cristiana convivieron dentro de la masa de los fieles aunque formando diversos grupos. Así se explica, por ejemplo, que los valentinianos y otros conjuntos gnósticos nunca se separaran de la iglesia oficial aunque se creyeran a sí mismos los únicos que habían entendido correctamente el mensaje cristiano. De la diversidad de corrientes gnósticas, la gnosis moderada, que era el paulinismo/juanismo, fue sancionada como ortodoxa, y la gnosis más exagerada, por denominarla así, el gnosticismo por antonomasia, fue declarado heterodoxo. Hacia finales del siglo V este gnosticismo estaba prácticamente muerto». [[Antonio Piñero](#)]

APORTACIONES DE PABLO AL CRISTIANO

«Pablo era oriundo de una de las ciudades del oriente más helenizadas, Tarso, encrucijada de culturas, de razas y de religiones. Era ciudadano romano. Pablo era de carácter apasionado y temperamental. Participó en la lapidación de Esteban. A las puertas de Damasco sintió la llama de Jesús de Nazaret, que Pablo describe como visión de Jesús resucitado. Él insiste en el prólogo de sus cartas en la idea de llamamiento y revelación, que transformaron radicalmente su personalidad.

Criado en Tarso, fue alumno de Gamaliel y educado en la ley de los padres. Perteneció a la tribu de Benjamín y fue fariseo. Persiguió a los cristianos, a los que mandó encarcelar. El sumo sacerdote y el Gran Consejo le dieron unas cartas para ser entregadas en Damasco, hacia donde se dirigió pasando por Arabia.

La predicación de Pablo se basaba en la revelación de Cristo. La misma revelación que había provocado una meditación y un reposicionamiento de sus propias convicciones.

Pablo tuvo necesidad de un nuevo lenguaje como vehículo de nuevos contenidos. Se siente en la necesidad de evangelizar. Las llamadas cartas pastorales no son de Pablo. En ellas se exponen normas y propuestas del propio Pablo, como la necesidad de instaurar una jerarquía, reflejo de la Torá, un consejo de ancianos, obispos y diáconos.

Dos escritos paulinos, la Carta a los Colosenses y la Carta a los Efesios, son ejemplos de su pensamiento y frutos de sus reflexiones. La primera de ellas es himno cristológico sobre Cristo. Éste es luz, imagen y progenitor de toda la creación. Cristo cósmico, Cristo cabeza del cuerpo que es la Iglesia, Cristo redentor y primogénito. Por su parte, la Carta a los Efesios es un himno donde se relata todo el plan de Dios y todas sus bendiciones. La Iglesia es el cuerpo de Cristo.

Pablo es el primer gran teólogo de la Iglesia primitiva. Su mensaje es el resultado de una revelación personal. Aportó grandes novedades al discurso cristiano, producto de su experiencia y de su procedencia, Tarso de Cilicia, crisol de culturas y puente entre Oriente y Occidente.

El mensaje evangélico de Pablo hace cuatro grandes aportaciones, según Antonio Piñero: El valor de la ley (fue cuestionado por los helenistas, y seriamente dañado, por la aceptación de Jesús como mesías); la interpretación de su muerte como sacrificio expiatorio; la Nueva Alianza por la muerte de Jesús, y la exigencia de una obediencia radical a su mensaje. Estas ideas también perjudicaban gravemente al templo como institución.

Pablo hizo un replanteamiento radical acerca del valor de la ley. Admitió con matizaciones el acuerdo del concilio apostólico de Jerusalén. Propuso que la salvación solo podía llegar mediante la gracia divina que puso al alcance del hombre la muerte del mesías/Cristo crucificado. A pesar de esta conclusión personal, mantuvo una postura bastante acorde con el concilio de Jerusalén. En la Carta a los Gálatas su postura es aún más radical: la salvación del hombre pecador, ni siquiera en el caso de los judíos, no se opera por el cumplimiento de la ley sino solo por la fe en Jesús.

La segunda gran novedad del pensamiento paulino es la transformación del mensaje de Jesús, sobre la inminencia del Reino de Dios, en un mensaje de salvación universal, pero ya iniciado en la comunidad helenística. Pablo habla del acto salvador de Dios en una efectiva salvación universal por la fe en Cristo.

Este "cambio de acento", como lo llama Antonio Piñero, hizo confluir la imagen de Jesús con aquellas de las divinidades-hijo de las religiones místicas y que comportaban una misión salvífica. Pablo proclamaba a Jesús como el verdadero Redentor que desbancaba a otras figuras o personajes de las religiones místicas. Jesús podía ser perfectamente aceptado por los fieles de las religiones místicas, aunque no sean muy pertinentes los paralelos estrictos entre los mitos de las religiones místicas y el cristianismo. Este ofrecía una contrapartida a las aspiraciones religiosas de las masas, al expresar su propia cosmovisión religiosa en conceptos comunes a las religiones místicas, como la promesa de la muerte y resurrección, el

bautismo como iniciación, la comunicación con la divinidad a través de la eucaristía o Cristo salvador universal por su muerte expiatoria. Señala acertadamente Piñero que un discípulo de Pablo, el autor de la Carta a los Efesios, presenta una de las más profundas verdades del cristianismo, y más atractivas para las gentes, cual es el misterio del plan salvífico de Dios, en el que tienen sitio los gentiles, el misterio de la persona de Cristo y de la unión de Cristo con la Iglesia.

La tercera gran aportación de Pablo es que resaltó la figura de Cristo como divina. Aceptó la personalidad divina de Jesús como ser procedente de Dios. A Pablo no le interesan los aspectos históricos de Jesús. Pablo debió ser, posiblemente, el primer personaje que sostuvo que Jesús era no solo Hijo de Dios desde el bautismo o resurrección, sino que era hijo preexistente de la divinidad, como se afirma en Gál 4,4-5 y en el himno a Cristo de la Carta a los Filipenses 2,6-11.

En la Primera carta a los Corintios 8:6, Pablo atribuye a Cristo un papel de mediador en el acto de la creación. Pablo recibió estos teologúmena de la comunidad helenística, probablemente de Antioquía, pero que él difundió.

Pablo también incorpora a la evolución del cristianismo motivos y expresiones de corte gnóstico, aunque los paralelos que se pueden aducir son de fechas posteriores. De tintes gnósticos o platonizantes es la antropología que distingue en el ser humano cuerpo, alma y espíritu, que utiliza Pablo en su contraposición hombre terreno / hombre espiritual.

La idea de que el hombre vive rodeado de ángeles y demonios, seres favorables o enemigos, se documenta en el judaísmo, en la religiosidad helenística y en las religiones místicas. Las expresiones de Pablo están más cercanas a las utilizadas en el siglo II por los gnósticos. En Pablo hay una oposición entre luz y tinieblas, enemigos enfrentados permitidos por Dios.

Otra aportación fundamental de Pablo, idea que también aparece en los gnósticos, es la igualdad entre el redentor y los redimidos. Por esta homologación la Iglesia es el cuerpo místico de Cristo. El salvador ha iniciado el retorno celeste y lo harán también quienes le sigan». [Blázquez, en Alvar, 1995:90 ss.]

PABLO DE TARSO, PRIMER TEÓLOGO CRISTIANO

«Pablo estaba muy convencido de que no había otro evangelio que el predicado por él, basado en la fe después de su conversión en Damasco, en la comunidad de Antioquía y en la revelación de Jesucristo. Pablo acepta en líneas generales las reflexiones de la comunidad de Antioquía. Admite, igualmente el mensaje escatológico de la comunidad primitiva, la inminencia del fin del mundo y Jesús como juez de vivos y muertos. Es motivo de salvación o condenación la postura ante Cristo.

Pablo desarrolla la teología de la preexistencia de los helenistas: Jesús es de naturaleza divina. También desarrolla una teología de la cruz. Se trata de un plan divino y misterioso, cuyo significado solo es adquirido por los que han

llegado al verdadero conocimiento. Jesús, el Mesías, hijo de Dios viviente, murió por nuestros pecados. Esta teología de la cruz conlleva una concepción del pecado original, de culpa primitiva, concepto prácticamente olvidado en la teología de la época. La muerte de Jesús en la cruz libera de ese pecado, lo que significa, en opinión de A. Piñero, un giro radical respecto al mensaje de Jesús y arrancarle de su contexto social e histórico. El sacrificio de la cruz es un suceso temporal, no debido a los hombres sino a los demonios. A Pablo no le interesan los hechos particulares de Jesús, salvo unos pocos, sino lo que Dios realizó por él, la redención universal. Aunque conocía bien la tradición sobre los dichos de Jesús, consideraba superficial una mera lectura de su vida, o sea la de los seguidores de Santiago, de Pedro y de otros de la comunidad de Jerusalén. Para Pablo los hechos capitales de la vida de Jesús son la muerte y la resurrección.

En la teología de Pablo es punto fundamental la ineficacia de la ley, lo que indica un giro radical con el mensaje de Jesús. Pablo proclamó no el Reino de Dios, como hizo Jesús, sino a Jesús como Mesías y salvador de la humanidad. La aceptación de este mensaje motiva una nueva criatura. El Reino de Dios será ahora espiritual, que comienza en el presente. La crucifixión de Jesús es el verdadero cambio de la historia. La salvación llega graciosamente de Dios, por la fe en Jesús. Los motivos de la teología de Pablo han configurado el cristianismo hasta la actualidad». [Blázquez, en Alvar, 1995:40 ss.]

La tesis central de Antonio Piñero: Los escritos de Pablo son anteriores a los Evangelios, que fueron escritos bajo su influencia.

«Según Dunn, Pablo es el primero y más influyente de todos los teólogos cristianos "en virtud de la inclusión de sus cartas en el canon del Nuevo Testamento". Me pregunto si la perspectiva no debería ser un poco diferente: el canon neotestamentario fue producido por una iglesia (denominada por muchos la "Gran Iglesia" porque formaba el grupo más compacto entre otros) que era fundamentalmente paulina.

Es decir, Pablo no es importante porque sus cartas fueron incluidas en el canon, sino el canon se generó porque Pablo era ya muy importante para la teología específicamente cristiana, y se necesitaba dar cuerpo y mayor entidad a lo que era la visión paulina de Jesús por medio de la formación de una lista de libros sagrados que sustentaran desde otras posiciones relativamente diversas esa interpretación paulina del Maestro Jesús. Esta noción hace justicia el hecho evidente y obvio (pero olvidado en la práctica por el modo de editar el Nuevo Testamento) de que cronológicamente primero fueron las cartas de Pablo, y luego –tras un breve pero intenso período de maduración– se generaron los Evangelios.

El Nuevo Testamento es en conjunto y con ciertas aristas la concretización del triunfo de la interpretación paulina de Jesús:

Sólo son admitidos cuatro evangelios (hay unos 70 más, como sabemos por la publicación de "Todos los evangelios" que hemos comentado ya en este blog; en la época de cristalización del canon debían de circular por lo menos diez más: varios judeocristianos; algunos "ortodoxos"; otros de talante

gnóstico) y los cuatro interpretan a Jesús, su muerte y su redención siguiendo pautas paulinas.

De entre todos los "apóstoles" sólo se han conservado cartas de Pablo; de ningún otro más, a pesar de las apariencias. Las demás cartas, que en el Nuevo Testamento llevan los nombres de Pedro (2), Juan (3), de Santiago y Judas (1) son "pseudónimas", es decir, no salieron de la pluma de los "autores" a los que han sido adjudicadas. Es decir, estos apóstoles o no escribieron cartas o no se copiaron ni se conservaron. Sin embargo, en vida de Pablo se copiaron ya sus cartas y se difundieron enormemente.

La escuela paulina consiguió colocar, además, en el Nuevo Testamento otras siete cartas pseudoepígrafas (es decir, que llevan el nombre de Pablo, pero que fueron escritas en realidad por sus discípulos) por seis de los otros apóstoles.

Salvo las cartas de Santiago y Judas, las tres de Juan y las dos de Pedro aceptan los esquemas paulinos.

El Apocalipsis de Juan, por muy judío que sea, acepta también la reinterpretación paulina de la muerte de Jesús como sacrificio vicario y su consecuencia, la resurrección y exaltación.

En una palabra, el Nuevo Testamento –que pasa hoy por ser el escrito básico del cristianismo– no representa la variedad de los cristianismos primitivos, sino sobre todo del cristianismo paulino lo que supone un éxito clamoroso de éste.

Aparte del análisis del contenido del Nuevo Testamento, que es una muestra objetiva del éxito de Pablo con su visión peculiar de Jesús, tenemos otro parámetro para medir la importancia del Apóstol.

Según los cálculos más fehacientes, hacia el año 311 d.C., fecha en la que el emperador Constantino publicó el "Edicto de Milán", por el cual se declaraba al cristianismo religión lícita en el Imperio, había unos 8 millones y medio de cristianos en el Imperio, de una población total que apenas llegaba a 60 millones.

Pues bien, a tenor de lo que teológicamente se escribe dentro del cristianismo en esa fechas e inmediatamente anteriores, el 95% de esos cristianos eran paulinos. Si partimos del dato de los Hechos de los apóstoles, de que más o menos un par de semanas o un mes después de la muerte de Jesús había 120 cristianos (Hch 1,14-15) tenemos que postular un crecimiento de cerca del 40% por década! Todo un éxito del cristianismo fundamentalmente paulino.

Y por último hoy día: según estimaciones bastante seguras, existen unas quinientas confesiones y/o denominaciones cristianas: católicas, protestantes, ortodoxas y libres. De ellas, el 99,5% son paulinas, es decir, dependen del punto de vista de Pablo en su comprensión global de Jesús de Nazaret. Este dato habla por sí mismo. Tampoco los demás cristianismos, posibles herederos de otros primitivos, cuentan hoy.

Me parece claro hoy que casi todos los investigadores aceptan un hiato, es decir, un salto teológico entre Jesús y Pablo, hiato que se intenta explicar de alguna manera como que la vida de Jesús, de una manera implícita y bien considerada, daba pie a esa interpretación paulina ("cristología implícita"). Otros investigadores –normalmente no confesionales e independientes– no suelen aceptar la "cristología implícita" y explican el hiato de diversos modos, normalmente acogándose a la idea de que Pablo reinterpreta a Jesús gracias a su revelación personal (Epístola a los Gálatas sobre todo).

Mi posición personal va más bien por esta última línea. Me parece evidente el hiato existente entre Pablo y Jesús. Y me parece también claro el esfuerzo gigantesco de "Marcos" y sus sucesores por presentar la "vida" (al menos la pública) de Jesús de tal modo que el Cristo paulino transparezca a través de los hechos y dichos de esa vida (recogidos con bastante honestidad, incluso material que les incomoda y les fastidia teológicamente).

Veo también con claridad cómo Marcos y sus sucesores corrigen al maestro Pablo haciendo ver a los fieles que no sólo importan la muerte y resurrección de Jesús como hechos salvadores: también la vida y dichos de Jesús son salvíficos.

Creo que todo este conjunto de perspectivas deben servir de base para valorar la contribución de James Dunn en su obra "*Jesús recordado*", que debería ser más bien "*Jesús recordado y reinterpretado*". [[Antonio Piñero](#), 2009]

la concepción del cristianismo de Pablo de Tarso

Pablo, tras su conversión, rompe con la ley mosaica y convierte el cristianismo en bien universal y medio de salvación para toda la humanidad. Pablo establece que los discípulos de origen judío pueden seguir practicando los mandamientos de la ley mosaica (1 Cor 9,20), pero solo bajo la condición de que reconozcan que la salvación solo puede venir de la fe en Jesucristo como Salvador (Gál 2,15-21). Pablo se opone tajantemente a los «falsos hermanos» que tratan de imponer la circuncisión a los paganos, y aduce como argumento a su postura que las «columnas» Santiago, Cefas y Juan lo apoyaron durante la asamblea de Jerusalén (Gál 2,3).

Pedro piensa como Pablo, aunque en Antioquia sufre la presión de los «falsos hermanos» y tiene que dar marcha atrás:

«Pero cuando Cefas fue a Antioquía, en su misma cara le resistí, porque se había hecho reprehensible. Pues antes de venir algunos de los de Santiago, comía con los gentiles; pero en cuanto aquellos llegaron, se retraía y apartaba, por miedo a los de la circuncisión. Y consintieron con él en la misma simulación los otros judíos; tanto, que hasta Bernabé se dejó arrastrar por la simulación. Pero, cuando yo vi que no caminaban rectamente, según la verdad del Evangelio, dije a Cefas delante de todos: Si tú, siendo judío, vives como gentil y no como judío, ¿por qué obligas a los gentiles a judaizarse?

Nosotros somos judíos de nacimiento, no pecadores procedentes de la gentilidad; y sabiendo que no se justifica el hombre por las obras de la Ley, sino por la fe en Jesucristo, hemos creído también en Cristo Jesús,

esperando ser justificados por la fe de Cristo y no por las obras de la Ley, pues por estas nadie se justifica. Mas si, buscando ser justificados por Cristo, somos aún tenidos por pecadores, ¿será que Cristo es ministro de pecado? De ninguna manera. Si vuelvo a edificar lo que había destruido, a mí mismo me doy por transgresor. Mas yo por la misma Ley he muerto a la Ley, por vivir para Dios, estoy crucificado con Cristo, y ya no vivo yo, es Cristo quien vive en mí. Y aunque al presente vivo en carne, vivo en la fe del Hijo de Dios, que me amó y se entregó por mí. No desecho la gracia de Dios, pues si por la Ley se obtiene la justicia, en vano murió Cristo» (Gál 2,11-21).

El autor de los *Hechos de los apóstoles* presenta a Pedro como el primero que, no sin resistencia, pero bajo la fuerza e inspiración del Espíritu, se liberó de las leyes de pureza:

«Tomando Pedro la palabra, dijo: Ahora reconozco que no hay en Dios acepción de personas, sino que en toda nación el que teme a Dios y practica la justicia le es acepto. El ha enviado su palabra a los hijos de Israel, anunciándoles la paz por Jesucristo, que es el Señor de todos. Vosotros sabéis lo acontecido en toda Judea, comenzando por Galilea, después del bautismo de predicado por Juan; esto es, cómo a Jesús de Nazaret le ungió Dios con el Espíritu Santo y con poder, y cómo pasó haciendo bien curando a todos los oprimidos por el diablo, porque Dios estaba con Él. Y nosotros somos testigos de todo lo que hizo en la tierra de los judíos y en Jerusalén y de cómo le dieron muerte suspendiéndole de un madero. Dios le resucitó al tercer día y le dio manifestarse, no a todo el pueblo, sino a los testigos de antemano elegidos por Dios, a nosotros que comimos y bebimos con Él después de resucitado de entre los muertos. De Él dan testimonio todos los profetas, que dicen que por su nombre cuantos creen en Él recibirán el perdón de los pecados.

Aún estaba Pedro diciendo estas palabras, cuando descendió el Espíritu Santo sobre todos los que oían la palabras, quedando fuera de sí los fieles de la circuncisión que habían venido con Pedro de que el don del Espíritu Santo se derramase sobre los gentiles, porque les oían hablar en varias lenguas y glorificar a Dios.

Entonces tomó Pedro la palabra: ¿Podrá, acaso, alguno negar el agua del bautismo a estos, que han recibido el Espíritu Santo igual que nosotros? Y mandó bautizarlos en el nombre de Jesucristo. Entonces le rogaron que se quedase allí algunos días.» (Hch 10,34-48).

Según San Pablo, los «falsos hermanos» atribuyen un valor salvífico a los mandamientos de la Ley mosaica (la circuncisión) y tratan de atraer a los paganos a su práctica. Aceptan a Cristo, pero sostienen que los mandamientos fueron dados por Dios, y apelan a Santiago, el hermano del Señor (Gál 2,12), quien, sin embargo, no comparte sus ideas (Gál 2,12).

Según la Carta a los Gálatas, en la asamblea de Jerusalén, Santiago se cuenta entre los que reconocen la gracia concedida a Pablo para la evangelización de las naciones:

«Santiago, Cefas y Juan, que pasan por ser las columnas, reconocieron la gracia a mí dada, y nos dieron y a mí y a Bernabé la manos en señal de comunión, para que nosotros nos dirigiésemos a los gentiles y ellos a los circuncisos. Solamente nos pidieron que nos acordásemos de los pobres, cosa que procuré yo cumplir con mucha solicitud.» (Gál 2,9-10).

Santiago es el símbolo de una corriente ligada a las prácticas judías a fin de facilitar la comunión eclesial, pero no considera que las obras que se guían por la Ley mosaica sean necesarias para la salvación.

«San Pablo insiste en que la causalidad ejemplar de Cristo glorificado es prenda y tipo de glorificación de toda la creación visible, y dentro de ella del hombre entero con su propio cuerpo: es la idea de la resurrección de la carne. El cosmos entero está en cierto modo afectado por la encarnación. Al encarnarse el Hijo, este *eón*, este siglo, recibió su *pléroma*, la plenitud de los tiempos. Por esto el segundo *eón*, la vida eterna, está ya incoado en el cosmos. Por el advenimiento de Cristo se producirá la consumación de los siglos y el impero exclusivo de otro *eón*, de la vida eterna.» [Zubiri, Xavier: *Naturaleza, Historia, Dios*. Madrid: Editora Nacional, 1963, p. 478]

EL ORIGEN PAULINO DEL CRISTIANISMO

«La cuestión de los orígenes de nuestro cristianismo de hoy. Este cristianismo es fundamentalmente paulino, aunque se ha consolidado junto con algunos añadidos petrinus –que se reflejan en el Evangelio de Mateo– y nuevos conceptos de Dios la escuela johánica. Pero en ultimísimo término tanto esta escuela como la que pudiera estar detrás del Evangelio de Mateo son de concepciones netamente paulinas sobre cómo se concibe la salvación del ser humano.

Por ello, sinteticemos el fondo de la cuestión que gira en torno a la concepción no del judeocristianismo, sino paulina:

El hijo de Dios en verdad, divino en verdad, desciende a la tierra, se encarna en Jesús, y redime a la humanidad en el acto salvador de la cruz.

Este sacrificio –de una víctima a la vez divina y humana– restablece el orden, la amistad y revitaliza las líneas de filiación entre el Creador y la criatura rotos por el pecado.

La aplicación de estos beneficios de la redención sólo se consiguen por un acto de fe en la validez de este sacrificio redentor. Al hacer el acto de fe, que se valida por el bautismo y la eucaristía, el nuevo ser humano, convertido en cristiano, tiene nueva vida y logra la salvación, la inmortalidad realizada en el cielo.

La clave de bóveda de esta concepción, pues, es el descenso de un salvador divino para redimir y el acto de fe que se "apropia" los beneficios de esta redención.

De esta clave surge un nuevo sistema sacramental -absolutamente distinto del judío –que es el bautismo y la eucaristía paulino-cristianas.

Ahora bien, por mucho que el concepto "hijo de Dios" se considere enriquecido, ampliado y ensanchado en el judaísmo helenístico respecto a concepciones más angostas de la misma expresión en el Antiguo Testamento, y por mucho que se admita que el sintagma "hijo de Dios" se aplica en el judaísmo de época helenística a profetas, reyes, sabios, carismáticos, místicos, incluso a figuras obscuramente mesiánicas como Melquisedec, Henoc-Metatrón, o a la figura que aparece en el texto de Qumrán designado como 4Q246, figura a quien se llama "Hijo de Dios" e "Hijo del Altísimo", se debe concluir que:

- En esos contextos judíos, se trataba siempre de designaciones esencialmente metafóricas que competían a hombres, seres humanos al fin y al cabo, de unas cualidades excepcionales,
- O bien a seres celestiales que no participan prácticamente ya de lo humano;
- Tal denominación, y otras análogas, nunca hacen alusión, como en el caso de Jesús en la teología del Nuevo Testamento, a una filiación ontológica, real y física divina, que conlleva la preexistencia, la mediación en la obra creativa de Dios, la encarnación y la redención por un sacrificio vicario por toda la humanidad.

Por el contrario, se debe tener en cuenta que en la religión helenística grecorromana el puente entre la divinidad y los mortales es mucho más patente, y que se admite sin rubor la existencia de seres humanos generados directa y físicamente por los dioses, o se concibe con absoluta facilidad el paso de humanos, tras la muerte, al ámbito absoluto de lo divino.

En una palabra, al menos hay que sostener que el tremendo paso que da la teología paulina al divinizar a Jesús (por lo que tuvo tantísimos problemas con los judeocristianos) sólo es posible en un ambiente ideológico que no es estrictamente judío.

Es cierto que de la figura de un "Zeus padre de los dioses y de los hombres" (Homero, *Ilíada* I 544; *Odisea* I 28, etc.) no hay un paso directo a la concepción de un hijo óntico de un único Dios = Jesús. Pero, también es igualmente cierto que la distancia es pequeña, mientras que el abismo entre las concepciones del "hijo de Dios" del judaísmo helenístico y las del cristianismo, cuando afirma que Jesús es hijo real de Dios, es inmenso y casi imposible de franquear». [[Antonio Piñero](#)]

TEOLOGÍA PAULINA

Se denomina teología paulina al estudio razonado, sistemático e integral del pensamiento de Pablo de Tarso, que experimentó desarrollos y retoques en las sucesivas interpretaciones que se hicieron de sus escritos. La presentación sumaria de la teología de san Pablo es muy ardua. La mayor dificultad de cualquier intento de sistematización del pensamiento del Apóstol radica en que Pablo no era un teólogo sistemático, por lo cual cualquier categorización

y ordenamiento parece responder más a las preguntas del exégeta que a esquemas paulinos.

Por mucho tiempo el debate estuvo supeditado a una disyuntiva. Según la tesis luterana clásica, el tema fundamental de la teología paulina sería el de la justificación de la fe sin las obras de la Ley. A partir de esa tesis se llegó a considerar que en la doctrina paulina así entendida estaba el núcleo central del anuncio cristiano.

En el siglo XX, la postura a favor del principio de la sola fide fue una constante en el trasfondo y en la orientación del pensamiento de Rudolf Karl Bultmann y también se presentó, con una variedad de matices, en seguidores suyos tales como Ernst Käsemann o G. Bornkamm.

Desde el punto de vista del catolicismo, si bien la justificación forma parte del mensaje paulino, no constituye su núcleo central único. El argumento tradicional católico sostenía que Dios, más que «declarar justo» al hombre, hace justo al hombre transformándolo.

En los últimos años, diferentes estudiosos protestantes criticaron la postura luterana clásica que oponía una fe cristiana portadora de la gracia y de la libertad contra un presunto judaísmo tradicional afecto al legalismo y exaltación soberbia de la observancia de las prescripciones mosaicas.

Los autores católicos centraron la teología de Pablo en su pensamiento sobre Cristo, particularmente sobre su muerte y su resurrección. J. Fitzmyer señaló la cristología como centro de la teología paulina. Para él, la teología paulina sería una teología cristocéntrica, es decir, una teología cuyo eje principal es Cristo muerto y resucitado.

Por otra parte, una detallada observación de las epístolas paulinas auténticas permite advertir que en el pensamiento del Apóstol se produjo una evolución y que, en consecuencia, no se podría hablar de un único centro de interés en su predicación.

Según R. Penna, se tiende a aceptar que en el centro del pensamiento de Pablo se encuentra el «evento-Cristo», hecho concluyente en «su teología». La discusión discurre sobre las consecuencias (antropológicas, escatológicas, eclesiológicas) de ese dato. Brown sugirió que todas las propuestas encierran parte de verdad, pero derivan de «juicios analíticos» posteriores a Pablo.

EL CRISTIANISMO PAULINO NACE HELENIZADO

«La primera teología cristiana, al menos la de la rama paulina, nace ya helenizada. Se trata de analizar su punto central (su doctrina sobre la “salvación de los gentiles”) y ver qué incidencia tiene sobre el candente tema de la “helenización –o no– del cristianismo”.

Pablo predicó y predicó para convencer a sus compatriotas judíos, y en lo que podía a los gentiles, de que Jesús era el mesías: así lo había recibido –según él– en una revelación y porque esta idea encajaba plenamente con su teología previa de la “restauración/salvación final de Israel”.

Los Hechos de los apóstoles nos dicen que Pablo, cuando iba de nuevas a una ciudad, se dirigía primero a los judíos, visitaba sus sinagogas y les evangelizaba a Jesús. Sólo cuando no tenía éxito con éstos orientaba su vista hacia los gentiles. Se debe tener en cuenta esta insistencia del autor de los Hechos: Pablo intentaba siempre predicar en primer lugar a los judíos.

El plan divino fracasaba desgraciadamente en su primera parte: no había manera de atraer al Israel oficial para que aceptara a Jesús como mesías. Entonces fue necesario revisar el plan.

Y Pablo cayó entonces en la cuenta de que el propósito de Dios era más complicado: primero habría de entrar cierto número de gentiles en el Reino, y después, como consecuencia de la misión a los paganos, Israel sentiría celos, aceptaría a Jesús y se salvaría (Rom 11,13-16; 11,26s [«así se salvará todo Israel»]). La revisión del plan en Romanos 8,28-11,36 confirma su existencia anterior y demuestra más allá de toda duda el contexto escatológico y de restauración de Israel –al igual que la obra de Jesús– del pensamiento de Pablo.

Por una lógica ley del mínimo esfuerzo, para proceder del modo más rápido posible y lograr la conversión del número de gentiles que había de formar parte del Israel completo al fin de los tiempos, Pablo se dirigió primero con su mensaje sobre Jesús a los paganos “temerosos de Dios”, que encontraba en buen número en torno de las sinagogas y que, al no haberse circuncidado, eran estrictamente gentiles.

A la vez tenía también in mente a los afectos a las religiones de misterios y que tenían intención de hacerse iniciar en los misterios para conseguir la salvación / inmortalidad. Estos dos grupos –“temerosos de Dios” y futuros iniciados en alguna de las religiones místicas– eran a priori los gentiles más fáciles de convencer (estaban internamente preparados) de que había llegado la salvación por medio del mesías judío / salvador universal.

Su mensaje era en síntesis que Jesús es el mesías, pero también el salvador universal; que Dios había revelado que al final de los tiempos los gentiles estaban en pie de igualdad con los judíos en el tema de la salvación. El mercado donde vender estas ideas era el Mediterráneo oriental donde pululaban otros vendedores de ideas religiosas: seguidores de los Misterios, filósofos que buscaban adeptos para sus escuelas, predicadores ambulantes de religiones orientales, etc. A todos ellos opuso Pablo un mensaje denso pero simple a la vez: todo lo que aquellos prometían lo ofrecía Cristo mejor, más sencillo y... gratis.

El judaísmo –y también los judeocristianos– del siglo I, y anterior, había pensado en dos sistemas para lograr que los paganos entraran en el verdadero Israel restaurado conforme al plan de Dios para los últimos tiempos:

1. El más tradicional y simple: los paganos debían convertirse sin más al judaísmo, es decir, debían todos hacerse prosélitos por medio de la circuncisión y la observancia entera de la Ley. Todos los salvados, gentiles y judíos, bajo la Ley.

2. Otro también tradicional, pero de mentalidad más amplia y que conectaba con ideas defendidas por el judaísmo desde tiempo atrás: los paganos podían salvarse de algún modo, con una salvación de segunda clase, sin que fuera necesario que se hicieran judíos totalmente: bastaba con cumplir las denominadas “leyes de Noé”, basadas en la alianza que Dios había hecho con este patriarca y su descendencia (Gn 9,3-13). Estos mandamientos eran siete: no blasfemar; no adorar a los falsos ídolos, no cometer pecados sexuales, no matar, no robar, no ingerir la carne con su alma, es decir, con su sangre.

Es posible que esta postura estuviera bastante cerca de lo que pensaba Pedro tras el altercado de Antioquía (Gál 2: los judíos bajo la Ley; los paganos no circuncisos, sólo bajo la ley de los preceptos de Noé. Los salvados se dividen en dos comunidades distintas, pero al final de los tiempos se harán una sola).

3. Pero había un tercer sistema, el de Pablo. Según Dios le había revelado, el nuevo plan divino era facilitar al máximo en los últimos momentos –la época mesiánica que transcurría entre el sacrificio de Jesús y su venida como juez universal– que los gentiles formaran parte del Israel renovado. Hasta que Jesús había aparecido sobre la tierra, la salvación había procedido de dos maneras: A) Para los judíos: por la observancia de la Ley de Moisés; B) Para los paganos: por el reconocimiento de la existencia de Dios y por el cumplimiento de los preceptos de la ley natural, que de hecho se equiparan al Decálogo.

Pero después de la venida de Jesús a este mundo (la “plenitud de los tiempos”: Gál 4,4) y tras su sacrificio redentor, la revelación de Dios a Pablo afirmaba que había más fáciles condiciones para la salvación:

1. La observancia de ley de Moisés no era ya un requisito indispensable. Frente a las exigencias del judaísmo que defendía exactamente esta posición, Pablo presenta la revolucionaria idea de que Dios exige ahora el cumplimiento de una ley, no ritual, sino “la ley del amor” reforzada por Jesús. Por tanto, la ley de Moisés no tiene ya por sí misma ninguna eficacia salvadora. Nadie puede salvarse por el mero cumplimiento de la ley de Moisés, ni siquiera los judíos (Gálatas). Tampoco es necesaria la observancia de las “leyes de Noé”.

2. La circuncisión tampoco era ya una exigencia necesaria. La tradición judía, que se retrotraía hasta Moisés (Ex 4,24-26), manifestaba la necesidad de circuncidarse como condición indispensable para entrar a formar parte del pacto con Dios y ser el pueblo elegido. Pablo afirma, por el contrario, que ha llegado el momento de la “circuncisión espiritual”, no física, que se ejecuta por un acto de fe.

La defensa de este plan divino de salvación, sitúa a Pablo en el polo opuesto al judaísmo. En Gálatas y Romanos precisará los contornos de este plan, pensado en principio para la admisión de los paganos, pero que afecta a la esencia misma del judaísmo. El que pretenda que sus pecados sean perdonados –conseguir la salvación– por sus propias fuerzas humanas, es decir circuncidándose o cumpliendo voluntariosamente las “obras” prescritas por la ley de Moisés, obrará en vano.

Ahora es Jesús quien elimina los pecados de la humanidad y reconcilia a ésta con Dios gracias al sacrificio expiatorio de su muerte. Para apropiarse los beneficios de esta reconciliación, todo ser humano ha de presentar a Dios el obsequio de un acto de fe en la valía y consecuencias de ese sacrificio. Este acto de fe tiene como ejemplo a Abrahán, el verdadero padre de Israel, a quien Dios hizo la promesa de que en su descendencia sería salvada toda la humanidad. Con ese acto de fe el ser humano hace realidad en sí mismo la promesa a Abrahán.

Todo este planteamiento está presente, absolutamente activo en la argumentación, en la Carta a los gálatas». [[Antonio Piñero](#), 2008]

SÍNTESIS DE LA TEOLOGÍA PAULINA

Hyam Maccoby resume del modo siguiente la enseñanza de Pablo sobre la salvación del hombre:

«La humanidad se halla en poder del pecado y de Satán. Esta servidumbre no puede romperse por ningún esfuerzo moral que pueda realizar el ser humano, puesto que su naturaleza moral es demasiado débil. Consecuentemente, la humanidad está condenada a un castigo eterno por parte de Dios. La divinidad, sin embargo, misericordiosa, ha dispuesto un camino de liberación por medio del envío al mundo de su hijo divino. En ese mundo sufrirá una muerte cruel que servirá de expiación por los pecados de la humanidad. Al aceptar el significado de esta muerte con fe y agradecimiento, los seres humanos pueden participar místicamente de ella, a la vez que toman parte en la resurrección y en la inmortalidad del Hijo de Dios. Aquellos que no tienen fe, y persisten en creer que pueden eludir esta condenación gracias a sus propios esfuerzos morales (guiados por la ley de Moisés) se hallan abocados a una eterna condenación”. [Maccoby, Hyam: *Paul and Hellenism*, 1991, 55]

Antonio Piñero opina que la síntesis de Maccoby es buena, y que no es necesario detenerse a probarla con textos paulinos, pues es meramente descriptiva. Piensa que puede admitirse sin dificultad.

«Él predicaría, como ya otros estaban predicando, un mesianismo espiritualizado para las masas, que de otro modo podía ser barrido en una insurrección desesperada y peligrosa. Así, Pablo se dirigió a las masas y habló su lenguaje. Predicó una religión misteriosa en la que el Cristo-Jesús de la propaganda revolucionaria se transformó en un “espíritu divino” por el cual los hombres mortales podían revestir la inmortalidad. Trasladó el Reino de Dios de este mundo al siguiente. Esto tenía que enfrentarle con los mesianistas revolucionarios». [Robertson, A.: *The Origins of Christianity*. Citado por G. Puente Ojea en *La existencia histórica de Jesús*.]

«El tema absolutamente básico de la teología paulina puede resumirse en una frase: el descenso al mundo, en la plenitud de los tiempos y según un plan divino predeterminado, del Salvador. La salvación del ser humano viene de arriba, de los cielos, pues la acción humana no es en absoluto eficaz para restablecer la amistad con la divinidad rota por el pecado.

Cuando desciende el salvador divino sobre la tierra, no anda observando quién merece ser salvado y quién no. Esto no puede ser así porque significaría por parte de Dios una actitud incomprensible en el creador, pero sobre todo supondría adscribir a la acción humana algún tipo de eficacia salvadora. Y no es así porque ello supondría igualmente que el hombre merecería ser salvado por sí mismo.

Así pues, en principio, ningún ser humano está excluido de la salvación. Lo que Dios pide al hombre para rescatarlo del poder separador y aniquilante del pecado es que acepte de corazón que es salvado por Él mismo, por Dios. Esta aceptación sólo puede realizarse por un acto de fe en la acción divina: la fe supone admitir el plan divino. Quien lo acepte será salvo, pues instantáneamente se hará participante de los efectos beneficiosos de los actos de salvación del redentor divino descendido a la tierra.

Ahora bien, en contra aparentemente de lo dicho, este acto de fe supone una participación del ser humano en el acto de salvación. Pero ¿es en el fondo verdad esta suposición de una cierta eficacia de la acción humana en la salvación? No; de ningún modo, porque ese acto de fe es ayudado por la gracia divina que concede gratis y por amor el primer impulso para hacer ese acto de fe.

El descenso del Salvador implica que hay dos ámbitos en el universo: el mundo de arriba y el de abajo. El del cielo, divino, espiritual, el reino de la luz, del que procede la salvación; y el de abajo, material o carnal, el reino de las tinieblas, controlado por el Príncipe de este mundo; pero un ámbito que necesita y puede ser salvo.

Este dibujo del plan de la salvación podría expresarse siglos más tarde como una explicitación de verdades básicas que se plasmarán en algunos artículos del Credo proclamado por los concilios de Nicea y I de Constantinopla (símbolo niceno-constantinopolitano).

El núcleo de la teología básica de Pablo de Tarso está orientado hacia la salvación del ser humano fundamentalmente, por varios motivos. Principalmente, como ya hemos dicho en alguna que otra ocasión, el ansia y la angustia por la salvación y la inmortalidad era el tema común, obsesivo diríamos, tanto de la religión grecorromana como de la judía en el siglo I.

Además, Pablo, como judío piadoso, se había incardinado con gusto dentro de la atmósfera apocalíptica judía que estaba convencida de que el fin del mundo estaba muy cerca (1 Tesalonicenses 4), que iba a llegar pronto el momento en el que Dios iba a pedir cuenta de sus desviaciones a la humanidad, iba a acabar con el desorden del mundo presente, y acabaría de una vez con este mundo, o bien lo purificaría de tal modo que –aún manteniéndolo en la existencia– se podía decir que iba a producir unos “nuevos cielos y una tierra nueva”.» [[Antonio Piñero](#)]

LA SALVACIÓN SEGÚN JESÚS Y SEGÚN SAN PABLO

La teología de la redención fue uno de los principales asuntos abordados por Pablo. Pablo enseñó que los cristianos fueron redimidos de la Ley y del pecado por la muerte de Jesús y su resurrección. Su muerte fue una expiación y, por la sangre de Cristo, se estableció la paz entre Dios y el hombre. Por el bautismo, un cristiano toma su parte en la muerte de Jesús y en su victoria sobre la muerte, recibiendo gratuitamente una renovada condición de hijo de Dios.

Según Antonio Piñero, puede sostenerse con más probabilidad que cualquier otra tesis que los evangelistas nos transmiten la tradición sobre Jesús filtrada a través de las lentes que suponen la aceptación en sus líneas más importantes de la interpretación de Pablo de Jesús de Nazaret. Y pone como ejemplo el concepto de la salvación del ser humano según Jesús de Nazaret.

«El concepto de la salvación del ser humano según Jesús de Nazaret, rescatado de los Evangelios en los casos en los que puede transmitirse una tradición oral sobre Jesús que hemos llamado A):

Me parece que la salvación, según Jesús de Nazaret, era cualquier tipo de vida y pensamiento que estuviera ligado a una situación de pecado contra la "Alianza"; convertirse, volverse a Dios, con un desprendimiento absoluto de los bienes e incluso de la familia, de modo que se estuviera totalmente abierto y dispuesto para aceptar la venida del reino de Dios sobre la tierra de Israel, que sería la concreción de la "Alianza".

Jesús, como el judaísmo piadoso de su momento, esperaba que la relación entre Dios y el hombre, deteriorada por el pecado, había de cambiar por una acción de Dios al final de los tiempos. Esta intervención divina sería la que instaurase el Reino de Dios sobre Israel en el futuro, un futuro inmediato o muy próximo, pero un futuro. "Convertirse" se entiende volverse de corazón al marco de la ley de Moisés y al de la alianza con Dios y su pueblo cuyas normas se expresan en esa Ley. Por tanto, convertirse, según Jesús de Nazaret, sería apartarse del pecado y tornarse hacia Dios volviendo a cumplir plenamente la Ley en su esencia, en su profundidad, tal como él, Jesús, la explica y aclara, por ejemplo en el Sermón de la Montaña.

Sin embargo, a través de otros estratos de los mismos evangelios de los que puede obtenerse la noción de la salvación que acabamos de exponer, se sobreentiende que el concepto de la salvación del ser humano ha cambiado una vez que ha llegado la plenitud de los tiempos, que Jesús ha venido sobre la tierra y que ha aceptado el sacrificio de la cruz, impuesto por la voluntad de su Padre.

Tal concepto, nuevo, sería el siguiente:

1. La humanidad está en una condición desesperada y sin remedio por el pecado: es enemiga absoluta e irreconciliable de Dios. Por sus propias fuerzas no puede salir de esta situación.
2. Dios se ha apiadado de la humanidad: ha hecho que su Hijo (con mayúscula, pues en su humanidad deja traslucir de algún modo su Divinidad) se encarne en un cuerpo humano. De este modo, una suerte de salvador

divino ha descendido de hecho del cielo por medio de la encarnación en el seno de una Virgen y transita entre los hombres. Aunque no queda claro por voluntad propia, este ser humano, es el mesías de Israel. Pero ahora, ese concepto de mesías se ha ensanchado: a la vez es el redentor de todo el género humano.

3. Este salvador/redentor muere violentamente en la cruz, conforme a un plan divino querido por la divinidad desde toda la eternidad. Del Cuarto Evangelio parece desprenderse con mayor claridad aún que de los Sinópticos que en el plan judeo-romano para asesinar al mesías redentor interviene Satanás de una manera implícita, sobre todo por su penetración en el ánimo del traidor Judas y también en el de los jefes del pueblo judío.

4. El salvador crucificado resucita, lo que confirma su divinidad e inmortalidad.

5. La muerte del salvador es un sacrificio expiatorio, vicario por los pecados de la humanidad. Pero los efectos de esta expiación sólo se hacen efectivos en aquellos que tienen fe en el significado y eficacia de esa muerte redentora. El que no crea en que Jesús es verdadero hijo de Dios, que ha muerto en la cruz "por muchos" (es decir, por todos) no se salvará.

6. Por el contrario, los que aceptan por la fe al mesías salvador y su sacrificio reciben la promesa efectiva de participar en su resurrección y en la inmortalidad.

Como se ve, parece que no se puede negar que hay un cambio muy notable entre la concepción de la salvación del ser humano de Jesús de Nazaret – insisto: tal como se deduce de la lectura crítica de los Evangelios- y la que presenta también el conjunto de los Evangelios mismos y con la misma fuerza. Y las dos concepciones se transmiten igualmente a través del recuerdo de los dichos y hechos de Jesús.

Una, pienso, es propia del Nazareno y no ha recibido ninguna reinterpretación, puesto que es puramente judía; otras –según los mismos Evangelistas- sería propia también de Jesús, pero pienso que ha recibido una reinterpretación, paulina en concreto .

Este es solo un ejemplo, pero que vale para la reflexión del conjunto. Por ello, no puedo estar de acuerdo con la formulación de James Dunn de que la tradición sólo transmite el "Jesús recordado". Pienso, pues, que transmite ciertamente al Jesús recordado, pero también al Jesús reinterpretado.... ¡y no siempre en el sentido que se puede presumir que era el originario del Nazareno!

Siempre he sostenido –con muchos investigadores– que esa concepción fundamental de la salvación del ser humano que se trasluce de los Evangelios, en el fondo la toma el conjunto de los cuatro evangelistas canónicos, incluido el Cuarto, de Pablo.» [[Antonio Piñero](#)]

«Esas especulaciones semifilosóficas sobre entes divinos que se desgajan de la divinidad para venir a la tierra en auxilio de los mortales pudo ayudar a los judeocristianos primitivos y a Pablo a concebir algo semejante de Jesús. Pero, según Maccoby, nada hay que sugiera en el judaísmo piadoso que la Sabiduría

o la Palabra divina fueran algo más que unas personificaciones poéticas, es decir, en el ámbito de lo metafórico. Jamás recibieron en el pensamiento judío un status real de modo que fueran objeto de veneración, pudieran encarnarse realmente y se identificaran con una figura real y concreta.

Según Maccoby:

Ese concepto paulino de Jesús como un visitante celeste preexistente que llega a la tierra y que realiza una función salvífica en forma humana es totalmente ajeno al judaísmo. Procede más bien de la noción paulina básica de que la redención debe proceder de arriba, puesto que lo terrenal, material y la naturaleza moral del hombre se hallan demasiado corruptas como para ser salvadas por el esfuerzo humano. El descenso de un ser divino en la materia mala y corrupta es un concepto característicamente helenístico y es totalmente claro en la gnosis no en el judaísmo "normativo".

En el fondo, esta noción deriva de una concepción de la materia mala, que es platónica y de la noción de la divinidad prometeica que descuida la consecución de la perfección. También procede del deseo de huida de la materia. Eliminado el contacto con la materia es posible la salvación. Ahora bien, estas concepciones no pueden ser judías, pues el judaísmo jamás ha considerado la materia y el mundo como malos (Maccoby, *Paul and Hellenism*, p. 63)». [[Antonio Piñero](#)]

LA RESURRECCIÓN EN EL JUDAÍSMO Y EN PABLO

Promesa de resurrección e inmortalidad a los devotos del salvador crucificado:

«Maccoby señala que el concepto judío de resurrección es un tanto distinto del paulino: este concepto no hacía de la resurrección algo dependiente de la muerte sacrificial de un visitante divino a la tierra, o de la fe en la eficacia de ese sacrificio.

En las creencias judías generales de la época, todos los seres humanos, judíos o no, que hubieren llevado una vida virtuosa volverían a recuperar sus cuerpos en los últimos días para participar en la paz, prosperidad y justicia del Reino de Dios, concebido, como en el caso de Jesús, no como un reino espiritual e incorpóreo, bien en el interior del ser humano, bien en un mundo superfuturo absolutamente distinto al actual, sino como el cumplimiento de las mejores esperanzas humanas sobre la tierra.

La resurrección de los cuerpos debía distinguirse muy claramente en el judaísmo del momento de la inmortalidad de las almas tras la muerte (una creencia también judía, aunque griega en su base), pero que no estaba, curiosamente, tan extendida como la creencia en la resurrección para participar en este reino de Dios terrenal.

En el *Apocalipsis* de Juan hay un atisbo de esta resurrección para participar en el reino del mesías, cuando afirma que los que "habían sido degollados (por la Última Bestia, el Imperio Romano), "por dar testimonio de Jesús y por la palabra de Dios" volvieron a la vida (20:4) y reinan con Cristo en este mundo, en una especie de Jauja feliz, durante mil años. El resto de los malvados que

había muerto también no resucita para tomar parte del reino de Dios en la tierra.

De este modo se ve cómo la doctrina judía de la resurrección de los cuerpos estaba imbuida de un humanismo y un 'materialismo', típicamente judíos. Toda la historia humana aspira y se orienta hacia un reino mesiánico de cumplimiento humano, y todos los individuos que habían aspirado a ello durante la vida tenían una oportunidad de participar en ese éxito final del Reino.

La doctrina de Pablo sobre la resurrección, por el contrario, no está provista de este humanismo, pues se ve condicionada por ciertos presupuestos suyos de talante gnóstico sobre la maldad ínsita dentro de la materia y de lo corpóreo. Su doctrina se halla totalmente desconectada de la noción de un reino de Dios en la tierra. Para Pablo, pues, la resurrección significa una escapada de la miserable vida mortal hacia una dimensión diferente, en la que el problema del ser humano, compuesto de materia y espíritu, no se resuelve en realidad, sino que se elude.

Aunque Pablo mantiene la idea de resurrección corporal carece de este aspecto terreno propio de esa resurrección de la doctrina del judaísmo, puesto que el nuevo cuerpo sufre una transformación completa de la condición humana, que deviene angélica o supraangélica: el cuerpo resucitado del creyente se transforma en un cuerpo espiritual (1 Corintios 15,50).

Parece, por tanto, claro que Pablo no tiene su mente orientada hacia el establecimiento de una sociedad justa y feliz en la tierra (el reino de Dios) como meta escatológica, del final de los tiempos. Tal objetivo fue propio de Jesús, de los profetas del Antiguo Testamento y de la apocalíptica judía. En general, esa meta es abandonada por Pablo, puesto que piensa que es una meta imposible de conseguir por una humanidad corrupta.

Pablo no tiene la visión de una sociedad humana perfecta; su salvación es enteramente sólo para el individuo, como en los esquemas de pensamiento gnósticos y órficos. Esta salvación consiste en la elevación del individuo humano a un status suprahumano.

La conclusión general de Maccoby la siguiente: el cristianismo paulino no es judío ni original en el tema de la salvación del ser humano, sino que sus ideas teológicas principales se han inspirado en la religiosidad helenística más que en la herencia judía que se supone había recibido.

En ello sigue Maccoby la corriente común de la Escuela de la historia de las religiones que sostiene que la doctrina compleja de un hijo de Dios enviado a la tierra como salvador y su muerte y resurrección es externa al judaísmo.

Los comparatistas apelan a doctrinas "gnósticas" que se presumen anteriores al cristianismo. A partir de datos cronológicamente posteriores a Pablo (desde el s. II d.C. en adelante), los comparatistas deducen hipotéticamente estadios de la religión gnóstica previos al surgimiento del cristianismo que influyeron en éste y lo moldearon por analogía o, en algunos casos, por rechazo». [\[Antonio Piñero\]](#)

CRISTOLOGÍA DE PABLO DE TARSO

«La cristología de Pablo es muy oscura, y en mi opinión es parecida a la del *Libro de las Parábolas* de Henoc: el mesías es un mero hombre y solo su concepto (como el de la Ley de Moisés) es preexistente. Luego, ese concepto se hace realidad en un hombre concreto, el cual tras la resurrección, por obra de Dios, no por sí mismo, es exaltado a la diestra del Padre y confirmado como señor y mesías.

El himno a Cristo de Filipenses 2,6-11 es interpretado por mí, en mi obra *Guía para entender a Pablo. Una interpretación del pensamiento paulino* (2015), como un contraste entre el primer Adán y el segundo Adán. Este segundo Adán = Cristo solo tras su muerte es exaltado y colocado casi al nivel de Dios (v. 11). Pero Pablo es totalmente subordinacionista (1 Cor 15, 24-28).

Si esto es así, Marcos, que presenta una cristología adopcionista (Jesús es hijo de Dios por adopción en el bautismo = Mc 1,9-11), sin duda, pero que tras el bautismo considera divino a Jesús ya en su caminar por la tierra puede ser más avanzado que Pablo. Igualmente Mateo y Lucas (o el autor de sus apéndices Mt 1-2 y Lc 1-2) consideran divino a Jesús ya desde su concepción en la tierra. Por tanto, es probable que esta cristología sea más avanzada que la de Pablo». [[Antonio Piñero](#)]

EL CRISTIANISMO SEGÚN PABLO DE TARSO

«Jesús es el salvador, mesías; es hijo óntico y real de Dios; es preexistente y señor del universo; ha sido enviado al mundo para redimir, y se ha encarnado en un ser humano de la estirpe de David, a través de María. La redención se logra por la muerte de Jesús en la cruz. El ser humano que por el bautismo sufre simbólicamente la muerte de Jesús, recibe también por las mismas aguas la promesa firme de la resurrección.

Desde principios del siglo XX la "Escuela de la historia de las religiones" ha supuesto que esta doble concepción cristiana, formulada por primera vez – cronológicamente- por Pablo, no es ni puede ser una herencia judía recibida por y potenciada en el cristianismo, por el siguiente argumento:

No casa bien con la tradición general del Antiguo Testamento ni tampoco con la del judaísmo helenístico tal como podemos conocerla por los escritos a los que tantas veces hemos aludido los apócrifos y pseudoepígrafos del Antiguo Testamento y los Manuscritos del Mar Muerto (Qumrán) ni cualesquiera otros posibles escritos judíos de la época como targumim (si es que en verdad pertenecen cronológicamente a ella), o algún midrás más antiguo (también muy dudoso en cuanto a su cronología; parece ser que son posteriores).

Entonces –se ha argumentado- o bien el cristianismo, por mano de Pablo o de Antioquenos + Pablo, ha creado tales concepciones por su propia iniciativa (en términos religiosos "por obra del Espíritu Santo"), o bien (más probablemente, según la Escuela de la Historia de las Religiones) se ha inspirado en otras sensibilidades religiosas.» [Piñero, l.c.]

PABLO SE PUDO HABER INSPIRADO EN

La religiosidad que le ofrecía el Helenismo y su entorno, reinterpretando la figura de Jesús y acomodándola a conceptos de salvación que existían en la religiosidad de ese mundo.

O bien en otras religiones, por ejemplo la egipcia (al fin y al cabo Egipto está situado geográficamente al lado de Israel y gozaba de gran prestigio).

O bien de religiones más "orientales", como el zoroastrismo en general, de un modo específico. No en vano –se argumenta– desde el siglo V a.C., cuando Israel formaba parte del Imperio persa, se conocía en Israel suficientemente la religiosidad de esos famosos sacerdotes de Persia/Irán a quienes llamaban reverentemente "magos", casi siempre en buen sentido.

O bien de un sincretismo (o mezcla) a base de elementos de una u otra.

Estos puntos giran sobre una doble alternativa fundamental en la teología paulina: o bien nos encontramos con una herencia judía que se desarrolla potentemente, o bien las ideas nucleares (de la doctrina de la salvación paulina) proceden del mismo Pablo y su entorno, que se inspira también en nociones de fuera del judaísmo.» [Piñero, l.c.]

En Pablo especialmente la "carne" mala parece personificada como si fuera un principio cósmico. No sabemos si es una mera metáfora, o algo que el Apóstol creía realmente. Más probable es lo primero. En ello se notaría una cierta influencia del platonismo vulgarizado en su distinción radical idea/espíritu = bueno, real; materia /carne = mala, mero reflejo del mundo superior; por tanto, imperfecto, por ser reflejo.

El culpable de todo lo malo de la carne es el Pecado como se indica en Rom 7:18-20: "Pues sé que nada bueno habita en mí, es decir, en mi carne, lo bueno; en efecto, querer el bien está junto a mí, mas el obrarlo, no: pues no hago el bien que quiero, sino que obro el mal que no quiero. Y, si hago lo que no quiero, no soy yo quien lo obra, sino el pecado que habita en mí".

PABLO: LAS RELIGIONES MISTÉRICAS Y LA GNOSIS

Los trabajos de Hugo Rahner (*Griechische Mythen in christlicher Deutung*, Zurich, 1957, p. 65-66; español: *Mitos griegos en interpretación cristiana*. Barcelona: Herder, 2003) mostraron que la práctica y la terminología ligada a los misterios es relativamente tardía en el cristianismo, pues solo se popularizó cuando se hizo necesario desarrollar programas de iniciación para hacer frente a la incorporación masiva de los paganos a las iglesias.

«Para probar el punto anterior (el Hijo de Dios que padece, muere y resucita), la Escuela de la historia de las religiones aducía dos argumentos ya desde finales del siglo XIX, o incluso antes:

1. La religiosidad del mundo pagano había eliminado las barreras entre la divinidad y los seres humanos, de modo que los conceptos de "hombres divinos" o la de "hijos (físicos/naturales) de los dioses" no representaba ningún escándalo entre las gentes religiosas. Un judaísmo de época

helenístico, muy helenizado, de lengua materna griega, que viviera en este ambiente, podría dar sin excesiva dificultad el salto desde la consideración de Jesús como un cristo (mesías) humano hasta su elevación al ámbito de lo divino (sin precisar demasiado cómo) por medio de alguna acción especial de la divinidad.

2. La religiosidad de los cultos llamado de los "misterios" es más que suficiente para aclarar el nacimiento de concepciones semejantes en el cristianismo. Éste las adopta para explicar la vida y misión de Jesús, una vez muerto éste.

Estos cultos de misterio mostraban una concepción interesante y curiosa: la noción de las "divinidades que mueren y resucitan" había ejercido una profunda influencia en todas las capas de la sociedad ya desde el siglo V a.C.

Dentro del catolicismo modernista de principios del siglo pasado fue muy visible la aceptación de la influencia de los cultos de "misterios" sobre el cristianismo incluso entre los católicos. La postura del sacerdote (luego condenado por la Iglesia) Alfred Loisy fue sintomática y contundente. Escribe en "The Christian Mystery", The Hibbert Journal 10 (1911) p. 51:

"Jesucristo fue un dios salvador al estilo de un Osiris, un Atis o un Mitra. Como ellos pertenece por sus orígenes al mundo celeste; como ellos ha aparecido sobre la tierra; como ellos ha realizado una obra de redención universal, eficaz y típica. Como Adonis, Osiris y Atis muere con una muerte violenta, y como ellos ha sido llamado de nuevo a la vida, y como ellos ha prefigurado en su destino el de los seres humanos que toman parte en su culto y conmemoran su aventura mística; como ellos ha predestinado, preparado y asegurado la salvación de aquellos que participan en su pasión".

Respecto al envío a la tierra, encarnado, de un ser preexistente que actúa como salvador, afirmaron los seguidores de la Escuela de la Historia de las religiones que fue sobre todo la gnosis –o la "atmósfera gnóstica" extendida por el Mediterráneo en todo el siglo I de nuestra la patria de origen de la concepción de un Hombre primordial, hijo o emanación de Dios, salvador celeste que desciende al ámbito terrestre para salvar a la humanidad– la que ofreció la base para el surgimiento en el cristianismo de concepciones similares.

Para mucha gente de hoy, son estas posiciones un tanto vetustas –y por tanto prescindibles–. Sin embargo, yo no lo creo así: son cuestiones perennes que hasta hoy no han recibido una respuesta unánime, y sobre las cuales no se ha formado un consenso más o menos unánime entre los investigadores. Por tanto, en mi opinión, merecen la pena exponerse y discutirse. Creo que su punto de vista sigue siendo iluminador.

Hay un buen montón de puntos de vista que no han perdido ni un ápice de su actualidad. Incluso cuando hoy ya no se comparten, pueden tener algún rasgo importante que explica el pasado y lo ilumina. Por poner un ejemplo evidente: piénsese en la obra de Platón: opino que nadie –o casi nadie– abrazaría hoy su teoría sobre las Ideas y su reflejo en el mundo que vemos. Sin embargo,

su consideración y estudio sigue siendo hoy día fuente de reflexión y manantial creador de ideas aplicables al mundo de hoy.

En el caso del Nuevo Testamento la comparación con Platón se queda muy corta, porque las ideas albergadas en este corpus siguen teniendo vigencia, al menos para muchísima gente, en el mundo que vivimos. Indagar sobre su procedencia y alcance sigue siendo actual.» [Piñero, l.c.]

Escoto Eriugena es el siglo IX da a conocer a Occidente la teología negativa del Pseudo-Dionisio. Se le creyó mucho tiempo aquel Dionisio que escuchó a San Pablo en el Areópago de Atenas. El discurso de San Pablo en Atenas es ya "teológico" en el sentido griego. La frase "en él nos movemos, existimos y somos", que tanta repercusión va a tener en la religiosidad latina, está tomada del poeta griego profano Epiménides.

«Una explicación sobre la proclamación paulina de la divinidad de Jesús fue la que trató de dar la llamada "escuela de la historia de las religiones" (Religionsgeschichtliche Schule). Esta escuela trató de entender los orígenes del cristianismo a partir de un estudio comparativo con las llamadas "religiones de misterios" (más bien habría que decir "cultos místéricos") que pululaban por el imperio romano. En estos cultos encontramos dioses que mueren y resucitan periódicamente, siendo el culto una manera de incorporarse a la suerte propia de la divinidad. Desde esta perspectiva, ciertos elementos centrales del culto cristiano primitivo, como el bautismo y la santa cena, fueron interpretados como préstamos tomados de los cultos místéricos.

Así, por ejemplo, la interpretación paulina del bautismo como incorporación a la muerte y resurrección de Jesús pudo ser entendida como un eco de las iniciaciones místicas, y la santa cena fue entendida como un ritual influenciado por los cultos dionisiacos en los que se devoraba simbólicamente la carne del dios. Más adelante, algunos autores, como Richard August Reitzenstein (1861-1931), entendieron que el enfoque desde las religiones de misterios era insuficiente, e introdujeron en las escuelas de la historia de las religiones el interés por el influjo de otras corrientes, especialmente del gnosticismo, sobre el cristianismo primitivo.

El cristianismo primitivo no solo habría tomado del gnosticismo muchos de sus términos ("psíquico", "espiritual" o "pneumático", "gnosis", "carisma", etc.) sino sobre todo el mito del "redentor redimido", es decir, de un salvador bajado del cielo que es él mismo liberado de los lazos de la muerte, y nos muestra el camino de regreso a la divinidad.

En la actualidad, las tesis de la escuela de la historia de las religiones se suelen considerar en su conjunto como superadas. Por una parte, nuestro conocimiento de los cultos místéricos sigue siendo muy limitado (los participantes en ellos fueron bastante exitosos en mantener su carácter secreto), y para los ritos cristianos del bautismo y de la santa cena resulta mucho más fácil encontrar antecedentes claros en el judaísmo en general, y en la práctica de Jesús y sus discípulos en particular.

Respecto del gnosticismo, el problema consiste en que el mito del "redentor redimido" no está atestiguado antes del siglo II, y refleja claramente influjos judíos y cristianos. En general, la investigación actual sobre los orígenes del cristianismo insiste mucho más en el carácter judío del mismo. Zubiri, en su curso "Helenismo y cristianismo", ya consideraba la hipótesis de un influjo directo y masivo de los cultos místicos sobre el cristianismo primitivo como una teoría decimonónica superada». [González, Antonio. "Los orígenes de la reflexión teológica de Zubiri." *Theologica Xaveriana* 179 (2015): 209-250]

«Las cartas de Pablo han recibido una luz nueva con los descubrimientos de los manuscritos del Mar Muerto. Concepciones centrales y aparentemente novedosas en la teología paulina tienen sorprendentes paralelos en textos de los manuscritos qumránicos. Las principales similitudes o concomitancias son las siguientes:

- 1) El acento en la casi irremisible situación de pecado del ser humano, esa "criatura de barro, en pecado desde el seno materno y en iniquidad culpable hasta la vejez" es muy parecido en Pablo y en los Manuscritos.
- 2) El tema de la nueva creación, es decir, el fin de un mundo periclitado o del hombre viejo: "Porque nada cuenta ni la circuncisión, ni la incircuncisión, sino la creación nueva. Por tanto, el que está en Cristo, es una nueva creación; pasó lo viejo, todo es nuevo".
- 3) La comunidad de fieles como un templo de Dios, en el que los fieles son los "santos", "entre los que conviven los ángeles" (1Cor 11,10; 1QM 7,4 6).
- 4) Hay un cierto dualismo ético (propio de la moral humana) y cosmológico (batalla cósmica entre el Bien y el Mal) en Qumrán similar al que observamos en Pablo y en el IV Evangelio: existencia de luz y tinieblas; guía del príncipe de la luz = Miguel y del de las tinieblas: Satanás. En Pablo la "carne" mala parece personificada como si fuera un principio cósmico. En ello se notaría una cierta influencia del platonismo vulgarizado en su distinción radical idea/espíritu = bueno, real; materia /carne = mala, mero reflejo del mundo superior; por tanto, imperfecto, por ser reflejo. El culpable de todo lo malo de la carne es el Pecado.
- 5) En especial, el teologuema central paulino de la justificación por la fe (Gal 3,6-9.11.14; Rom 4; 1QS 11,14; 1QH 4,30ss). Tanto Pablo como el Maestro justo qumranita confían en la "justicia de Dios", gracias a la cual el ser humano recibe una justificación que nunca podría alcanzar por sí mismo.

Sin duda alguna, los manuscritos del Mar Muerto nos han hecho ver que las líneas teológicas de Pablo, las del Maestro de Justicia y la de la Regla de la Comunidad se entrecruzan. Existen entre Pablo y Qumrán diferencias de terminología e incluso de concepción en este tema de la justificación por la fe, pero ello no impide constatar que la coincidencia en lo sustancial es sorprendente. La originalidad de Pablo en este tema crucial no es, pues, tan grande como hasta el descubrimiento de los manuscritos se había pensado.

El pensamiento del Apóstol se halla también en sorprendente contacto con la *atmósfera gnóstica*, que debía ser relativamente general en el Mediterráneo oriental en el s. I d.C., y con las concepciones y vocabulario de las religiones místicas del Helenismo. En efecto, el concepto de la salvación en Pablo no es reductible a la teología del Antiguo Testamento, de la literatura judía helenística o de los escritos de Qumrán. Esta concepción puede resumirse así:

1. Condición moral de la humanidad desesperada y sin remedio;
2. Descenso de un salvador divino a un cuerpo humano;
3. Muerte violenta, en cruz, del salvador divino;
4. Resurrección y confirmación de la divinidad e inmortalidad del salvador crucificado;
5. Expiación vicaria de los pecados de la humanidad efectuada por la muerte del salvador. Esta expiación se hace efectiva en aquellos que tienen fe en el significado y eficacia de esa muerte redentora;
6. Promesa de resurrección e inmortalidad para los creyentes en el salvador".

Dentro de estos puntos la investigación considera centrales:

- a) la figura de un hijo de Dios, que padece, muere y resucita; junto con
- b) el envío a la tierra, encarnado, de un ser preexistente que actúa como salvador.» [[Antonio Piñero](#) - 20.09.17]

«No tenemos ni idea cuál fue exactamente la predicación oral de Pablo en las semanas, meses o años que estuvo en sus comunidades, y que –apresurado por el fin del mundo inminente según él creía– escribió solo lo que era más perentorio para sus comunidades.

Pablo jamás fue perseguido por los judíos a causa de su cristología (doctrina de Jesús como Cristo o Mesías), sino por sus interpretaciones de la Ley y su aplicación a los gentiles/paganos conversos a la fe en Jesús.

Pablo se apoya en ideas judías de la época que han dejado muy poco rastro por escrito. En concreto: la Ley no es simple, sino compleja y se divide en dos partes: una universal y eterna, obligatoria para todos, incluso para los gentiles o paganos; otra específica y temporal, y que afecta a los judíos miembros de la Alianza, pero a no los gentiles. Y esta idea se complementa con otra, a saber, que el Mesías, por dispensación divina, tiene poder para cambiar la Ley en época mesiánica, es decir, en la que creía vivir Pablo.» [Antonio Piñero]

«Grecia y Roma, la gentilidad a la que se enfrente San Pablo poseían otras religiones, entre ellas, religiones de misterios, con ritos de iniciación, etc. San Pablo no duda en adoptar unas veces su vocabulario: revestirse de un indumento, adopción, fuerza o poder de Dios, etc. Otras veces recoge frases que eran *theologumena* en Grecia, tales como "En Él (en Dios) vivimos, nos movemos y somos" (de un poema de Epiménides), "de la raza de Dios somos" (de un himno de Cleantes a Zeus), etc. Otras veces incluso adopta filosofemas estoicos, como la distinción entre espíritu, psique y cuerpo, 1 Tes 5, 23: "El

Dios de la paz os santifique cumplidamente, y que todo vuestro espíritu, vuestra alma y vuestro cuerpo se conserven sin mancha para la venida de nuestro Señor Jesucristo". No es un sincretismo, sino la adopción de vocablos y conceptos para llenarlos de un sentido nuevo.

Frente a la gentilidad Pablo va a desarrollar una cristología casi totalmente desvinculada de los caracteres puramente semíticos que ofrecía todavía la predicación apostólica en Jerusalén. San Pablo desarrolla una cristología, una antropología y una soteriología de carácter expresamente universal.» [Zubiri, 2017: 193-194]

«Los verdaderos "adversarios" de Pablo a la hora de conseguir seguidores para la fe en Jesús dentro de los paganos del Imperio Romano en general eran los adeptos de las llamadas "religiones de misterios".

Tales sujetos estaban totalmente convencidos de que si se hacían "iniciar" es decir, si seguían determinados ritos propios de las divinidades salvadoras (Deméter, Isis, Dioniso, Hermes trismégistos, Atis, Adonis) y participaban de los sufrimientos de esas divinidades (y en algunos casos de la muerte y resurrección de dios), también participarían de su gloria, a saber pertenecerían al ámbito de la inmortalidad. Si cumplían con la iniciación aseguraban la salvación de su alma. Frente a estos individuos, la misión de Pablo consistía en defender, probar y convencer de que la verdadera respuesta a las ansias de salvación estaba en Jesús de Nazaret, que éste no era sólo el mesías judío, sino también el salvador universal. Jesús era el único y definitivo salvador.» [Antonio Piñero]

«¿Por qué feneció este movimiento gnóstico que había gozado de tan pujante vida sobre todo durante el siglo II y comienzos del III? No lo sabemos con exactitud. En nuestra opinión feneció por la conjunción de un doble movimiento antagónico y contradictorio. Entre las clases cultas, porque se aceptó el platonismo (en su versión media sobre todo) como sistema filosófico más acomodado al cristianismo. Entonces, a los ojos de los sabios, los gnósticos aparecían como los cultivadores de una filosofía platónica degradada, mítica, empobrecida y un tanto embrutecida. A la vez, confluyentemente, a los ojos de los menos cultos, con el triunfo pleno del cristianismo en la sociedad, toda filosofía pagana quedaba trasnochada y sin sentido. Los sistemas gnósticos aparecían entonces a la faz de los poco cultos como "demasiado filosóficos" y "complicados", "abstrusos" ante la lisura y llaneza de la "sana y recta doctrina".

La conjunción de esta doble causa puro acabar en unos doscientos años con una de las interpretaciones más curiosas y consistentes del legado judío y de la obra y misión de Jesús de Nazaret». [Antonio Piñero: "La Gnosis", en Alvar, 1995: 223]

PABLO Y LOS MANUSCRITOS DEL MAR MUERTO

«Las cartas de Pablo han recibido también una luz nueva con los descubrimientos de los manuscritos del Mar Muerto. Concepciones centrales y aparentemente novedosas en la teología paulina tienen sorprendentes

paralelos en textos de los manuscritos del Mar Muerto. Las principales similitudes o concomitancias son las siguientes:

- 1) El acento en la casi irremisible situación de pecado del ser humano, esa "criatura de barro, en pecado desde el seno materno y en iniquidad culpable hasta la vejez" es muy parecido en Pablo y en los Manuscritos.
- 2) El tema de la nueva creación, es decir, el fin de un mundo periclitado o del hombre viejo.
- 3) La comunidad de fieles como un templo de Dios, en el que los fieles son los "santos" "entre los que conviven los ángeles";
- 4) Hay un cierto dualismo ético (propio de la moral humana) y cosmológico (batalla cósmica entre el Bien y el Mal) en Qumrán similar al que observamos en Pablo y en el IV Evangelio: existencia de luz y tinieblas; guía del príncipe de la luz = Miguel y del de las tinieblas: Satanás (el tema es muy general en Qumrán y en Pablo).
- 5) En especial, el teologuema central paulino de la justificación por la fe (Gal 3,6-9.11.14; Rom 4).

Sin duda alguna, los manuscritos del Mar Muerto nos han hecho ver que las líneas teológicas de Pablo, las del Maestro de Justicia y la de la Regla de la Comunidad se entrecruzan. Existen, sin duda, entre Pablo y Qumrán diferencias de terminología e incluso de concepción en este tema de la justificación por la fe, pero ello no impide constatar que la coincidencia en lo sustancial es sorprendente. La originalidad de Pablo en este tema crucial no es, pues, tan grande como hasta el descubrimiento de los manuscritos se había pensado.

De todos modos, los textos qumránicos y sus llamativas analogías con doctrinas paulinas no nos impiden seguir manteniendo que el pensamiento del Apóstol se halla también en sorprendente contacto con la atmósfera gnóstica, que debía ser relativamente general en el Mediterráneo oriental en el s. I d.C., y con las concepciones y vocabulario de las religiones místicas del Helenismo.

En efecto, el concepto de la salvación en Pablo no es reductible a la teología del Antiguo Testamento, de la literatura judía helenística o de los escritos de Qumrán. Esta concepción puede resumirse así: 1. Condición moral de la humanidad desesperada y sin remedio; 2. Descenso de un salvador divino a un cuerpo humano; 3. Muerte violenta, en cruz, del salvador divino; 4. Resurrección y confirmación de la divinidad e inmortalidad del salvador crucificado; 5. Expiación vicaria de los pecados de la humanidad efectuada por la muerte del salvador. Esta expiación se hace efectiva en aquellos que tienen fe en el significado y eficacia de esa muerte redentora; 6. Promesa de resurrección e inmortalidad para los creyentes en el salvador". Dentro de estos puntos la investigación considera centrales: a) la figura de un hijo de Dios, que padece, muere y resucita; junto con b) el envío a la tierra, encarnado, de un ser preexistente que actúa como salvador». [[Antonio Piñero](#) – 20.09.17]

SÍNTESIS DE RESULTADOS, EL CRISTIANISMO PAULINO COMO UN PRODUCTO ESPECÍFICO DENTRO DE LA RELIGIOSIDAD MEDITERRÁNEA

«Estamos planteando a fondo la cuestión de los orígenes de nuestro cristianismo de hoy. Este cristianismo es fundamentalmente paulino, aunque se ha consolidado junto con algunos añadidos petrinus –que se reflejan en el Evangelio de Mateo– y nuevos conceptos de Dios la escuela johánica. Pero en ultimísimo término tanto esta escuela como la que pudiera estar detrás del Evangelio de Mateo son de concepciones netamente paulinas sobre cómo se concibe la salvación del ser humano.

Por ello, sinteticemos el fondo de la cuestión que gira en torno a la concepción no del judeocristianismo, sino paulina:

El hijo de Dios en verdad, divino en verdad, desciende a la tierra, se encarna en Jesús, y redime a la humanidad en el acto salvador de la cruz. Este sacrificio –de una víctima a la vez divina y humana– restablece el orden, la amistad y revitaliza las líneas de filiación entre el Creador y la criatura rotos por el pecado.

La aplicación de estos beneficios de la redención sólo se consiguen por un acto de fe en la validez de este sacrificio redentor. Al hacer el acto de fe, que se valida por el bautismo y la eucaristía, el nuevo ser humano, convertido en cristiano, tiene nueva vida y logra la salvación, la inmortalidad realizada en el cielo.

La clave de bóveda de esta concepción, pues, es el descenso de un salvador divino para redimir y el acto de fe que se "apropia" los beneficios de esta redención. De esta clave surge un nuevo sistema sacramental –absolutamente distinto del judío– que es el bautismo y la eucaristía paulino-cristianas.

Ahora bien, por mucho que el concepto "hijo de Dios" se considere enriquecido, ampliado y ensanchado en el judaísmo helenístico respecto a concepciones más angostas de la misma expresión en el Antiguo Testamento, y por mucho que se admita que el sintagma "hijo de Dios" se aplica en el judaísmo de época helenística a profetas, reyes, sabios, carismáticos, místicos, incluso a figuras obscuramente mesiánicas como Melquisedec, Henoc- Metatrón, o a la figura que aparece en el texto de Qumrán designado como 4Q246, figura a quien se llama "Hijo de Dios" e "Hijo del Altísimo", se debe concluir que:

En esos contextos judíos, se trataba siempre de designaciones esencialmente metafóricas que competían a hombres, seres humanos al fin y al cabo, de unas cualidades excepcionales, o bien a seres celestiales que no participan prácticamente ya de lo humano.

Tal denominación, y otras análogas, nunca hacen alusión, como en el caso de Jesús en la teología del Nuevo Testamento, a una filiación ontológica, real y física divina, que conlleva la preexistencia, la mediación en la obra creativa de Dios, la encarnación y la redención por un sacrificio vicario por toda la humanidad.

Por el contrario, se debe tener en cuenta que en la religiosidad helenística grecorromana el puente entre la divinidad y los mortales es mucho más patente, y que se admite sin rubor la existencia de seres humanos generados directa y físicamente por los dioses, o se concibe con absoluta facilidad el paso de humanos, tras la muerte, al ámbito absoluto de lo divino.

En una palabra, al menos hay que sostener que el tremendo paso que da la teología paulina al divinizar a Jesús (por lo que tuvo tantísimos problemas con los judeocristianos) sólo es posible en un ambiente ideológico que no es estrictamente judío.

Es cierto que de la figura de un "Zeus padre de los dioses y de los hombres" (Homero, *Ilíada* I 544; *Odisea* I 28, etc.) no hay un paso directo a la concepción de un hijo óntico de un único Dios = Jesús. Pero, también es igualmente cierto que la distancia es pequeña, mientras que el abismo entre las concepciones del "hijo de Dios" del judaísmo helenístico y las del cristianismo, cuando afirma que Jesús es hijo real de Dios, es inmenso y casi imposible de franquear». [Antonio Piñero]

EL LUGAR HISTÓRICO DEL CRISTIANISMO DE PABLO

«El lugar histórico del cristianismo de Pablo, tal como puede deducirse de su teología de la salvación por y en Cristo y de la expresión clara por vez primera de la preexistencia de Jesús y de su status divino, es un judaísmo muy helenizado, super helenizado, capaz de sobrepasar sus fronteras ideológicas por la aceptación de esas dos categorías fundamentales que son la divinidad de Jesucristo y el nuevo concepto de la salvación.

Estas dos categorías constituyen su diferencia específica respecto al judaísmo, y se corresponden con el pensamiento filosófico-religioso helenístico, a saber la proclamación de Jesús como Dios al estilo de una hipóstasis divina.

Una "hipóstasis" es la personificación de una característica o cualidad divina cuando actúa hacia fuera, hacia los mortales: por ejemplo, la Sabiduría divina; en el caso de Jesús, la función de Palabra y Redentor de Dios hacia la humanidad que se encarna y personifica en Jesús.

Este cristianismo paulino se corresponde igualmente bien con la religiosidad helenística difusa que con José Montserrat hemos denominado una "misteriosofía genérica y popularizada, que extendió su influencia más allá del ámbito de los cultos particulares y que procede sin duda alguna del ambiente en el que se desarrollaban las religiones de salvación o místicas" = a Jesús, pensado como Jesucristo, quien desempeña la función de salvador universal, al encarnarse, morir y resucitar.

Afirmamos también que lo dicho no significa que Pablo –y sus quizás predecesores, los "helenistas" descritos en los *Hechos de los apóstoles*– se dedicaran burdamente a copiar de la religiosidad helenística para formar una religión nueva. Expresado así, esta afirmación resultaría un error histórico grave de apreciación.

Tanto Pablo como sus seguidores aplicaron conscientemente a Jesús (pues se creían con todo el derecho, ya que el iniciador, Pablo, lo había recibido por revelación divina, no de la "carne y de la sangre") los títulos que en su entorno se otorgaban a las divinidades salvadoras de los cultos del mundo grecorromano. Y se los atribuyeron porque estaban convencidos totalmente que en Jesús se cumplía perfectamente la función indicada por los títulos, que en las divinidades paganas no habían sido más que sombras de lo que iba a venir en la plenitud de los tiempos.

A partir de esta reinterpretación global de la doctrina y misión de Jesús, que Pablo debe a una visión/conversión casi instantánea (según los *Hechos de los apóstoles*), el Tarsiota se constituye en el creador y organizador consciente de un nuevo Israel, que tiene su base no ya en la Ley y en la alianza antigua, sino en una nueva alianza fundamentada en el misterio de lo ocurrido en Cristo.

El "nuevo Israel" se transformará pronto en una nueva Iglesia. Pablo pone los cimientos ideológicos de una teología cristiana novedosa, un nuevo sistema religioso que es, a la vez, distinto del judaísmo y del paganismo, aunque el Apóstol lo considere un judaísmo renovado y llevado a su plenitud». [[Antonio Piñero](#)]

VALORACIONES DE PABLO DE TARSO

Tanto durante su vida como en las siguientes generaciones, la figura y el mensaje de Pablo de Tarso fueron motivo de debate, generaron juicios de valor marcadamente contrastantes, y llegaron a suscitar reacciones extremas.

La corriente judeocristiana de la Iglesia primitiva tendió a ser refractaria a Pablo, a quien pudo considerar rival de Santiago y Pedro, los líderes de la Iglesia de Jerusalén. De allí que especialistas como Bornkamm interpreten que la *Segunda epístola de Pedro*, un escrito canónico tardío datado de los años 100-150, expresa cierta «cautela» respecto de las epístolas paulinas. Si bien esta carta menciona a Pablo como «querido hermano», parece tratar sus escritos con alguna reserva por las dificultades que podrían suscitarse en su comprensión, con lo que «los débiles o no formados podrían torcer su doctrina, para su propia perdición» (2 Pedro 3, 15-16).

Los padres de la Iglesia subsiguientes avalaron y utilizaron las cartas de Pablo de forma sostenida. Quizá el culmen de la influencia de Pablo de Tarso entre los padres de la Iglesia haya tenido lugar en la teología de Agustín de Hipona, en particular contra el pelagianismo.

Las interpretaciones que de los escritos de Pablo de Tarso hicieron Martín Lutero, Juan Calvino tuvieron influencia importante en la Reforma Protestante del siglo XVI. En el siglo XVIII, el epistolario paulino fue fuente de inspiración para el movimiento de John Wesley en Inglaterra. En el siglo XIX, resurgió la hostilidad declarada contra Pablo. Quizá el detractor más extremo en su ferocidad haya sido Friedrich Nietzsche en su obra *El Anticristo*, donde acusa a Pablo y a las primeras comunidades cristianas de desvirtuar totalmente el mensaje de Jesús: «Borró sencillamente el ayer, el anteayer del cristianismo,

se inventó una historia del «cristianismo primitivo» [...] Más tarde la Iglesia falseó incluso la historia de la humanidad, convirtiéndola en prehistoria del cristianismo». [Friedrich Nietzsche: *El Anticristo*, 42]

Más allá de las diferencias entre el cristianismo paulino por un lado y el judeocristianismo de Santiago y Pedro por otro, ellos mantuvieron una fe en común. Y la fecha tardía de la redacción de la *Segunda epístola de Pedro* permite suponer que las diferencias de opinión existentes entre las distintas corrientes básicas del cristianismo primitivo no sofocaron su pluralidad interna, tal como cristalizó en el canon bíblico.

•

«Los judeo-cristianos tradicionalistas vieron en Pablo de Tarso el pregonero de un falso evangelio. Los gnósticos cristianos del siglo lo convirtieron en su portavoz. Los ebionitas, en el polo opuesto, le consideraban el primer hereje del cristianismo. La controversia ha continuado en los siglos posteriores. El fundador de la escuela "crítica" de Tubinga F. Ch. von Baur le definía como antagonista de Pedro y defensor de una concepción universalista de la nueva religión frente al particularismo de los apóstoles de Jerusalén. Para Nietzsche era el verdadero fundador del cristianismo. Wedre se mostraba un poco más parco y le presentaba como el segundo fundador de la religión cristiana. Alain Badiou lo considera un activista político con estrategias interesadas y un pensador-poeta del acontecimiento.

Giuseppe Barbaglio reconoce las diferencias profundas entre Jesús y Pablo y entre sus respectivas doctrinas. Pablo, afirma, depende muy poco de predicación de Jesús.

El Pablo de Alain Badiou es el fundador de la universalidad de la verdad a partir del acontecimiento y el refundador de una teoría del sujeto. Jacob Taubes intenta recuperar al Pablo judío.

El choque entre el cristianismo de Pablo y el Imperio romano constituye el centro de la reflexión de Jonathan L. Reed y John D. Crossan.

A partir de las cartas auténticas, Senén Vidal hace una reconstrucción de la historia de Pablo en sus tres etapas: sus orígenes en el judaísmo helenista, su actividad misionera dependiente de las comunidades cristianas helenistas de Damasco y de Antioquía, y la misión autónoma que termina con su muerte violenta en Roma probablemente el año 58. Pablo fue un actor cualificado de la primera generación del cristianismo y la figura más representativa del cristianismo helenista.

Todos los autores coinciden en el carácter revolucionario de su mensaje: "Ya no hay judío, ni griego, ni esclavo ni libre, ni hombre ni mujer" (Gál 3,28), que constituye, para Bloch, "la primera Internacional de la igualdad"». [Juan José Tamayo, *El País* - 10 MAY 2008]

•

Antonio Piñero resume el pensamiento de Gonzalo Puentes Ojea (*El mito de Cristo*, 2000)

«Jesús de Nazaret es para Puentes Ojea un simple ser humano, sin la menor connotación divina, un artesano de Nazareno, un individuo profundamente religioso, impregnado hasta el fondo de una mentalidad apocalíptica-escatológica y "ofuscado" por el deseo intenso de la venida inmediata del reino de Dios en la tierra de Israel. Lo que "no fue Jesús": no fue Hijo de Dios óntico, nunca renunció a su mesianidad davídica y puramente judía, no resucitó ("fue un fenómeno fantasmagórico") ni se apareció a sus discípulos. Jesús se creyó el mesías de Israel, un mesías interesado en la política, pero de "pura resistencia". Jesús se equivocó o fracasó en su empresa. Albergó en su corazón su propio mito del reino de Dios, pero era algo compartido con la inmensa mayoría de los judíos de su tiempo

Los judeocristianos fueron los transmisores del auténtico mesianismo de Jesús como rey, ungido, de Israel en sentido tradicional. No consideraron ni por un momento que Jesús fuera divino. Tras la destrucción de Jerusalén este grupo dejó de tener fuerza en el conjunto de seguidores de Jesús y fueron expulsados de la sinagoga hacia el 90. Su hueco fue rápidamente rellenado por comunidades paulinas. Pablo fue el verdadero transformador del Jesús histórico. Creó conscientemente una nueva religión; él fue el que puso "los primeros ladrillos del edificio del cristianismo". Transformó la imagen de Jesús en un proceso de desjudaización, despolitización y espiritualización. Hizo del Nazareno un hijo de Dios real y óntico, preexistente; es, por tanto, el creador de la filiación divina; inventó el teologuema de la encarnación y dio sentido a su muerte en cruz interpretando que fue un sacrificio voluntario y que murió por los pecados de la humanidad; reforzó y remodeló la creencia en su resurrección y lo exaltó hasta los cielos. Pablo es el "constructor de un mito", como producto de su imaginación. En una palabra, Pablo inventó el Cristo celeste.

Puentes Ojea aprueba la definición de A. Robertson de que la construcción paulina del cristianismo condujo a una religión "ajena al judaísmo" y de corte místico-pagano, de contenido teológico esencialmente diferente al de la iglesia de Jerusalén, lo cual fue una adulteración consciente de la tradición, tanto que aparece, contra la imagen del Jesús histórico, como un abanderado de la pax romana. Su enfrentamiento con la teología del grupo judeocristiano fue muy duro. Hay una verdadera oposición entre ley de Moisés y teología paulina: Pablo se desliga claramente de la Ley, a la considera "letra vieja" y sustituye por el Espíritu que solo se armoniza con vanas palabras (Rm 3,31; 7,12; p. 113). Puentes Ojea piensa que, en el fondo, "los apóstoles eran conminados (por Pablo) a desobedecer la Torá".

Los cuatro evangelistas canónicos, sostiene Puentes Ojea, son discípulos de Pablo en su teología esencial sobre el Cristo celeste. Reciben de él el concepto de la filiación divina de Jesús, su interpretación de la muerte y resurrección, junto con el sentido del Bautismo y de la eucaristía. Compusieron los cuatro sus evangelios con un propósito claro: complementar con un "relleno teológico paulino" las reminiscencias de la potente tradición oral sobre Jesús. Esta

combinación llevó ineluctablemente a que en los evangelios aparezcan en Jesús dos mesianismos antagónicos, antitéticos (el tradicional y el paulino); Jesús, el mesías tradicional de Israel, aparece en los evangelios en clave espiritualista y apolítica.

Los evangelistas sustituyeron al Jesús humano por el Cristo paulino tan conscientemente que puede decirse que el primer evangelio es un ejemplo de "suplantación fraudulenta" del mensaje de Jesús por la teología de Pablo. Como los evangelistas conocen y manejan bien la tradición sobre Jesús, que alteran, Puente Ojea juzga que lo hicieron conscientemente por "espíritu de mentira". Por otro lado, los evangelistas ignoraban aspectos esenciales del pensamiento hebreo, dado que no sienten rubor en presentar a sus lectores un reino de Dios espiritual, un mesías celeste y un Hijo del Hombre inexistente en el judaísmo.

Los Evangelios sinópticos, Marcos el primero, fueron los inventores del uso como título mesiánico de esa expresión de Hijo del Hombre. Se lo aplicaron a Jesús gratuitamente, puesto que él lo había empleado solo con el sentido de "ser humano". En suma: para Puente Ojea, en sus características teológicas importantes los evangelistas son discípulos de Pablo, lo asumen así y son conscientes de que van en contra de la tradición auténtica del Jesús histórico.

Puntualizaciones de Antonio Piñero a la interpretación de Puente Ojea: Piñero no está de acuerdo con Puente Ojea en atribuir a Pablo y a los evangelistas voluntad consciente de engaño y maldad. «Es difícil sostener esta postura en gente que dieron su vida por defender la verdad de lo que escribieron».

Está de acuerdo en que el nacimiento de la teología del Cristo celeste surge a partir de un claro proceso inflacionario de idealización de Jesús y de reinterpretación de todas las Escrituras en pro de la defensa de su muerte como propia de un mesías destinado por inescrutable designio divino para morir en la cruz y rescatar a la humanidad. El estudio de la imagen judía de ayudantes o virreyes de la divinidad judía desde finales del siglo IV e inicios del III a.C. hasta mediados del siglo II d.C., muestra que hay una corriente continua entre grupos apocalípticos que imagina a ese ayudante, que en seguida se llamará Mesías, como una entidad humano-divina.

Esto muestra que Pablo no inventa al Cristo celeste porque sí, sino que siguió una tradición apocalíptica y aplicó a Jesús lo que otros grupos de piadosos judíos habían escrito ya sobre la Sabiduría y la Palabra divina (arameo Memrá) como una entidad personificada y sobre otros humanos, como Henoc, Moisés, el hombre que asciende del Mar, que son ascendidos al cielo para ser virreyes de la divinidad. Eso ocurre en el Pseudo Ezequiel, en el Testamento de Job, en el IV Esdras. Y hay más textos un tanto oscuros que apuntan a lo mismo.

Pablo (y en parte también los evangelistas), no tenía conciencia alguna de que estaban construyendo una nueva religión. Para Piñero Pablo (quien era ciertamente un apocalíptico visionario, como tantos otros) no hizo otra cosa que "vivir su judaísmo en el Mesías", y estaba convencido de que era la única manera posible en el poquísimo tiempo de vida que le quedaba al mundo.

Sí es posible que fuera Marcos el primero que empleó el sintagma "Hijo del Hombre" como título mesiánico. Pero se trata de una disputa teológica intrajudía entre grupos apocalípticos rivales, sobre todo los henóquicos y los judeocristianos. Pablo no puso los cimientos para la fundación de una religión con más componentes místéricos y paganos que judíos. Pablo pertenece a dos mundos: judío y helenístico». [[Antonio Piñero](#)]

•

«Pablo ha sido el gran inventor del Cristo de la fe. Él atribuyó de un modo claro en dos de sus epístolas, y de modo indirecto en una tercera, que el Cristo era de la misma naturaleza divina que el propio Dios; que había venido a consumir una expiación mediante su muerte corporal para «comprar» la justificación de todos aquellos que habían ofendido a Yahvé, y habían traicionado el pacto que se estableció en el origen del judaísmo. Esta idea del Cristo trascendente, el Dios-hombre, que redime a la humanidad a través de esa expiación sangrienta, repugnaba a los propios discípulos de Jesús, quebrantaba los fundamentos del monoteísmo judío. Por lo tanto, la primera comunidad originaria, que era estrictamente judía en su ideario general, quedó en una situación de desamparo teológico y hubo que capear la tremenda aporía de la muerte en la cruz del que para ellos debía haber sido un Mesías victorioso traído de la mano de Dios, pero que a pesar de todo se resistían a aceptar que ese Cristo no fuera más que un hombre que había sufrido martirio. Entonces, aceptaron una especie de compromiso entre la vieja tradicional idea mesiánica, asumida con matices por el propio Jesús, pero, al mismo tiempo, iniciaron de una forma perfectamente herética para el patrimonio religioso del judaísmo que ese hombre mortal era algo más que hombre. Una fórmula que tuvo vigencia en Jerusalén hasta la destrucción de la ciudad y de su Templo. El Jesús, el Cristo de los judíos cristianos de la primera iglesia de Jerusalén, quedaron borrados de la historia por un hecho fortuito, que es la destrucción de la ciudad y el perecimiento de sus miembros en la sangrienta represión romana en el último asedio y la toma por las armas de la Ciudad Sagrada». [[Gonzalo Puente Ojea](#)]

•

«En la tradición del judaísmo sinagoga, el concepto de resurrección es sumamente tardío y de origen foráneo, probablemente de raíces iránicas y de otros mitos del período helenístico, redefinidos en el curso de escritos subjetivos de la tradición filosófica griega. Por tanto, es un concepto –la resurrección de los muertos– que data en los escritos del siglo II a. C. y que sólo se incorpora, por razones teológicas, a la primera producción escrita de los primeros cristianos, las cartas de Pablo. Este concepto de resurrección está extraído de las religiones místicas y atribuido a este galileo para demostrar que esa elevación a los cielos, de Jesús, «probaba» su divinidad. En los relatos evangélicos, las tradiciones orales de la resurrección son contradictorias y sumamente inconcluyentes. Los exégetas sólo han podido utilizar unas tradiciones, repito, contradictorias, que no prueban nunca que los hechos de la resurrección hayan tenido lugar. El «Cristo de la fe», significa que no puede

probarse la resurrección, pero que la fe en ella ha superado históricamente todos los obstáculos y tiene vigencia. Esta permanencia de esa fe alocada y – desde un punto de vista racional– eminentemente aberrante, ha tenido la posibilidad de subsistir eliminando cualquier argumento racional de una forma a priori, como la carencia, precisamente, de la fe como la imposibilidad de ver que la resurrección tuvo lugar para todo hombre de buena voluntad que haga un análisis de su conciencia.» [[Gonzalo Puente Ojea](#)]

•

«Puede presumirse, según Gonzalo Puente Ojea (*Ideología e Historia. El cristianismo como fenómeno ideológico*, 1974), que la personalidad de Jesús de Nazaret, no existiría históricamente, no habría habido influencia alguna de Jesús a lo largo de los siglos hasta ahora sin reinterpretación que de ella hizo Pablo de Tarso y la potencia arrolladora de su sistema religioso, Es altamente probable que el Nazareno hubiera quedado relegado a uno más entre los personajillos que se creyeron agentes mesiánicos en Israel desde la muerte de Herodes el Grande (4 a. C.) hasta el estallido y consolidación de la primera gran guerra de los judíos contra el Imperio Romano (66-73) y su continuación a finales del siglo I (revueltas judías en tiempos de Trajano 114-117) y en la primera mitad del II (segunda guerra judía, a la que pone fin Adriano: 132-135).» [[Antonio Piñero](#)]

•

«El Cristianismo, abarca las iglesias: Católica, Luteranas, Calvinistas, la Anglicana y otras, es una inagotable fuente de fe que aglutina a casi la mitad de la humanidad. Esta creencia y doctrina se originó en las comunidades formadas por Saulo, inventor y fundador del Cristianismo; para la Iglesia "San Pablo." Saulo padecía del gran mal o epilepsia con crisis convulsivas más frecuentes de lo deseable. Se formó a la sombra del reino herodiano, civis romano, influyente ante los romanos y ante los judíos, jefe de la policía moral judía y persecutor de Yeshua bar Jehuda o Jesús de Nazaret, hasta su muerte en la Cruz.

Jamás cruzó palabra con Jeshua, no lo conoció más que de vista y por lo tanto desconocía absolutamente su palabra y enseñanzas. Por su propia iniciativa se autonombró "Apóstol de los Gentiles" o Apóstol 13 y fue el inventor y fundador del cristianismo. Más de 200 años después de su muerte, las comunidades cristianas se multiplicaron y se extendieron por todo el Imperio Romano. El Emperador Constantino I el Grande, la reconoció oficialmente, la vistió con la personalidad de Mitra y el mitraísmo y le heredó el poderío imperial con que vive hasta la fecha». [Jesús Humberto Enríquez Rubio]

•

«Los cristianos de la trinidad afirman basar sus doctrinas en la combinación de las enseñanzas de Jesús y Pablo. El problema es que, estas enseñanzas no son complementarias. En realidad, se contradicen entre ellas:

Jesús enseñó la Ley del Antiguo Testamento; Pablo la negó. Jesús predicó el credo judío ortodoxo; Pablo predicó los misterios de la fe. Jesús habló de responsabilidad; Pablo propuso la salvación sólo a través de la fe. Jesús se describió a sí mismo como un profeta étnico; Pablo lo definió como profeta universal. Jesús enseñó la plegaria a Dios, Pablo lo estableció a Jesús como intercesor. Jesús enseñó la unidad absoluta de Dios, los teólogos paulistas instituyeron la trinidad.

“Lo que Pablo proclama como ‘cristiandad’ era herejía, la cual no podría basarse en la fe judía o esenia, ni en las enseñanzas del Rabino Jesús. Pero, como dice Schonfiel: ‘La herejía paulista se transformó en la base de la ortodoxia cristiana y la iglesia legítima fue repudiada como herética’. Pablo hizo algo que el Rabino Jesús nunca hizo y se negó a hacer. Extendió la promesa de salvación de Dios a los no judíos; abolió la ley de Moisés y prohibió el acceso directo a Dios al introducir un intermediario”. [Johannes Lehmann]

Bart D. Ehrman comenta: “el punto de vista de Pablo no fue aceptado universalmente, o por lo menos, no aceptado abiertamente, más sorprendente aún, las propias cartas de Pablo indican que existían líderes cristianos activos, sinceros y activos, quienes vehementemente estaban en desacuerdo con él en varios puntos y consideraban el punto de vista de Pablo como corrupción del verdadero mensaje de Cristo. Uno debe siempre tener en cuenta que esta misma carta de Pablo indica que confrontó a Pedro justamente por estos asuntos (Gal 2:11-14). Pablo estaba en desacuerdo hasta con las disciplinas de Jesús acerca de este tema”.

Comentando los puntos de vista de algunos de los primeros cristianos en la literatura pseudo clementina, Ehrman escribió: “Pablo ha corrompido la fe verdadera basado en una breve visión, la cual ha inventado. Pablo es de este modo el enemigo de los apóstoles, y no su jefe. Él está fuera de la verdadera fe, un hereje que debe ser prohibido, no un apóstol a imitar”.

Algunos elevan a Pablo a la santidad. Joel Carmichael claramente no es uno de ellos: “nos encontramos a un universo de distancia de Jesús. Si Jesús vino “solo para completar” la ley y los profetas; si pensó que “ni una coma, ni un punto” se “pasarían de la ley”, que el mandamiento cardinal era “Escucha, O Israel, el Señor Nuestro Señor, el Señor es Uno”, y que “nadie es bueno, sólo Dios”... ¡Qué habría pensado del trabajo de Pablo! El triunfo de Pablo significó la eliminación del Jesús histórico; y éste llegó a nosotros embalsamado en la “cristiandad” como una mosca en ámbar”.

Dr. Johannes Weiss concluyó: “...de este modo la fe en Cristo como se mantuvo en la iglesia de Pablo era algo Nuevo en comparación a la plegaria de Jesús; era una nueva religión”. Una nueva religión, en verdad. Y de este modo la pregunta es: ‘¿Dónde está ‘Cristo’ en el ‘Cristianismo’? “si el cristianismo es la religión de Jesucristo, ¿Dónde se encuentran las leyes del Antiguo Testamento y el estricto monoteísmo del judaísmo ortodoxo del Rabino Jesús? ¿Por qué el cristianismo enseña que Jesús es el hijo de Dios cuando Jesús mismo se llamó “hijo del hombre” ochenta y ocho veces, y ni una vez el “hijo de Dios”? ¿Por qué el cristianismo aprueba la confesión de los

curas y plegarias de los santos, María y Jesús cuando Jesús enseñó a sus seguidores: "Ustedes, pues, recen así: Padre nuestro, que estás en el Cielo, santificado sea tu Nombre..." (Mateo 6:9)?» [*¿Dónde está "Cristo" en el "Cristianismo"?*, por Laurence B. Brown, 2007]

LA TEOLOGÍA DE PABLO DE TARSO

Antonio Piñero

Piñero, Antonio (ed.): *Los libros del Nuevo Testamento. Traducción y comentario*. Colaboradores: José Montserrat Torrents, Gonzalo del Cerro, Gonzalo Fontana y Carmen Padilla. Madrid: Editorial Trotta, 2022, p. 93 ss.

«El ideario de Pablo tiene como base una constelación de ideas que eran propias de un judío relativamente cultivado, pero no nacido en Israel, sino en la diáspora que vivía entre paganos.

La Biblia hebrea y su concepción del mundo

«El primer ámbito de contenido doctrinal, y de muy profundo influjo en Pablo, es: las enseñanzas de la Biblia hebrea, pues con ella iba una cosmovisión que se retrotrae con facilidad a una concepción del mundo semita existente dos mil años antes de Pablo —en los imperios acadio, asirio y babilonio, todos semitas—, modificada por la mentalidad propiamente hebrea, aproximadamente en la época del exilio en Babilonia (siglos VI-V a.e.c.), y que ayuda a comprender algunos rasgos de la mentalidad paulina.

Esta cosmovisión, a grandes rasgos, mantenía que a partir de un caos originario, la divinidad (indiscutiblemente única según los hebreos desde el exilio babilónico) fue la creadora del cielo, la tierra y los abismos. Las tres entidades formaban el «todo», el universo, concebido como el cielo arriba; la tierra abajo; y debajo de ella el mundo subterráneo, constituido en parte por las mismas aguas caóticas primordiales y por el reino de los muertos. Los israelitas creían que las esferas celestes del ámbito de «arriba» eran siete, número que indica la perfección. El cielo, en su esfera superior, la séptima, es la morada del Dios único y de su corte celestial, los ángeles. Los astros entre el cielo y la tierra misma estaban gobernados por delegados de Dios, ángeles también o arcontes celestes. Unos astros eran buenos y otros perversos, según el gobierno de sus ángeles, lo que se mostraba por ciertas variaciones de sus órbitas. Según los hebreos, las esferas celestes estaban sustentadas por enormes columnas, alejadas entre sí, pensadas como montañas grandes y estilizadas. El mundo subterráneo tenía también sus columnas sustentantes proyectadas hacia abajo. La tierra se concebía unas veces como un cuadrado, y otras como una especie de rodaja redonda cuyos límites coincidían con el fin de los cielos en su parte inferior.

Con el paso del tiempo, el judaísmo helenizado subordinó esta cosmovisión genérica semita a una fe monoteísta en un Dios único y a una concepción apocalíptica muy extendida en círculos de piadosos. El monoteísmo transformó los dioses secundarios de otros pueblos semitas en ángeles y

demonios, siendo los primeros los cortesanos del Rey único. Como gema preciosa de su creación, este Dios único había plasmado el ser humano. En este universo, fácilmente comprensible y no excesivamente grande, la divinidad —aunque habite en el séptimo cielo— está en realidad cercana a la tierra, e interviene activamente en los asuntos de los hombres. Son estos en especial los que le interesan, pues son la joya de su universo. Este Dios comunicable y relativamente cercano y accesible permite concebir con facilidad que exista una revelación divina a los humanos y que —una vez estropeada su creación por el pecado del primer hombre— la divinidad intente —por ejemplo, con el envío de su Hijo— arreglar al precio que sea lo que la maldad del Diablo y los seres humanos había estropeado dentro de su creación.

La concepción apocalíptica defendía que todo el universo está sujeto a una ley divina: el tiempo inexorable es el que conforma una historia diseñada desde siempre por la divinidad. La historia avanza en línea recta desde los orígenes (creación y el paraíso para el ser humano) hasta la consumación final, con peripecias diversas. El universo era al principio bueno y perfecto, pero luego resultó desordenado sobre todo por la mala inclinación del hombre. Finalmente, Dios volverá a poner orden en su creación, y generará un nuevo todo, un mundo futuro similar al del principio, unos cielos nuevos, una tierra nueva y un ser humano renovado. El conjunto será tan excelente como en sus orígenes, y en él Israel, el pueblo predilecto de la divinidad, junto con otros justos entre los humanos, vivirán felices por siempre jamás.

La filosofía y la religiosidad del mundo grecorromano

El segundo ámbito de influjo general en el pensamiento paulino fue la cultura griega de su entorno, cuya cosmovisión podría coincidir —grosso modo— con bastantes rasgos de la semita. Pero en este campo tuvo una especial importancia el mundo de la misteriosofía griega, el platonismo vulgarizado y la ética estoica que orientaron en parte el pensamiento de Pablo, preocupado intensamente, por la salvación de Israel en ese final del mundo que se acerca, pero que no tendrá lugar si no ocurre el hecho de que un cierto número de gentiles acabe adorando al Dios de Israel y a su enviado que dirigirá la consumación de la historia.

La misteriosofía paulina

Al aceptar el encargo de Dios de convertir a los gentiles a Jesús como mesías, Pablo recurre en su predicación a temas que pudieran captar la voluntad de sus futuros conversos dentro de los pueblos del Imperio, en concreto del Mediterráneo oriental, donde él vivía. En primer lugar, efectuó el gran cambio de presentar a un mesías puramente judío como el salvador universal, también de todos los gentiles del Imperio que lo desearan. En segundo, sostenía ante todos los que aspiraban a asegurar su salvación en el mundo futuro —la que ansiaba una buena parte de la población— que la redención de la maldad presente era ofrecida por Jesús mejor y con mayor facilidad que cualquier otra divinidad salvadora de las que se anunciaban en el Imperio.

Si la salvación consiste en participar, por ejemplo, según los adeptos de los cultos de misterio helenísticos, en la peripecia vital de una entidad divina que incluye de algún modo su muerte y su resurrección junto con el cumplimiento de ciertos ritos, Pablo —sin necesidad de copiar concepto alguno— aseguraba que esto mismo ocurría con Jesús y de un modo mucho más admirable: la acción del Mesías que proclamaba era más eficaz que cualquier otra que pudiera imaginarse. Sostenía que el creyente en el Mesías podía repetir simbólicamente la peripecia de la muerte y resurrección de este, con gran facilidad y suprema perfección gracias al bautismo en el nombre del Salvador y a la cena eucarística.

Por ellos —afirmaba Pablo— el fiel muere y resucita al igual que el Mesías, y se une íntima y simbólicamente a la divinidad, representada por ese mismo Mesías, puesto que tras su resurrección y exaltación a los cielos es ya divino. Esta es la razón por la que el vocabulario y las concepciones paulinas sobre la participación en esta peripecia del Mesías son genéricamente misteriosóficos, griegos por tanto, no bíblicos y fueron elegidos por él para captar adeptos entre los que pretendían iniciarse en los cultos helenísticos de misterio.

Platonismo vulgarizado

Entre los predicadores ambulantes de religiones en el siglo I e.c., y Pablo se contaba entre ellos, eran también moneda corriente ciertas concepciones de la filosofía platónica, ya vulgarizadas, despojadas de la profundidad estricta de las escuelas filosóficas. Sin que sea necesario postular una influencia directa del platonismo sobre Pablo, puede sostenerse que este no fue inmune a las ideas generales del sistema platónico, muy convenientes para su teología porque expresaban conceptos apropiados para el mensaje que deseaba propalar.

Por ejemplo, el platonismo vulgarizado enseñaba que el mundo de «abajo» no es más que un reflejo del de «arriba», el celeste; que entre el espíritu, arriba —ámbito de lo sublime, de las ideas, del Uno y el Bien— y la carne —abajo, lugar de lo aparente y transitorio, secundario, sin existencia propia— hay una marcada diferencia, y que lo primero es lo mejor. La división del ser humano en cuerpo, alma o hálito vital y espíritu, superior y partícipe del espíritu divino proviene ciertamente de este platonismo. Consecuentemente, el que Pablo diferencie entre hombres espirituales, los psíquicos (que solo tienen alma pero no espíritu) y los carnales, que no captan las cosas del Espíritu y son necedad para ellos, y en general la recurrente dicotomía paulina entre «carnal» y «espiritual», entre «letra» y «espíritu» son una buena muestra de la vulgarización de un platonismo elemental. Un cierto desprecio por el mundo terrenal, tan paulino, participa igualmente de este ideario platonizante.

Hay también otras nociones paulinas, que sin proceder estrictamente del ámbito platónico, provienen del espíritu grecorromano y no del judío común:

a) La respuesta a la proclamación del evangelio está pensada como un acto intelectual, de corte griego. El esquema es el siguiente: proclamación de la «Palabra» —* escucha atenta —> aceptación por medio de la fe/confianza en

Dios (acto eminentemente intelectual, ayudado por la gracia divina desde luego: Flp 1,29; Rm 5,15.17; 6,23) —> buenas acciones, entendidas como fidelidad a lo asentido por la fe;

b) La noción de sacrificio vicario, si se admite que este es el sentido de la muerte del Mesías en Pablo, es griega y no judía, a pesar de ciertas apariencias: la muerte expiatoria, por ejemplo, de los mártires, es perfectamente judía, pero no el concepto de morir vicariamente para que otro, aunque en sí indigno, no muera;

c) El concepto de adopción, importante en Gal y Rm, es entendido en Pablo de un modo totalmente grecorromano;

d) La sustitución, para los gentiles conversos al Mesías, de la circuncisión «carnal», la de Moisés, por la «espiritual», la producida por el acto de la fe en el Mesías sellada por el bautismo, se comprende mucho mejor en el ámbito griego que en el judío.

Estoicismo popular

El estoicismo como sistema filosófico, materialista, monista, panteísta y racionalista, que explica el universo de una manera radicalmente diferente a la Biblia hebrea, nada tiene que ver con el pensamiento profundo de Pablo, estrictamente teísta, creacionista, providencialista, etc., judío, en una palabra. Pero, a la vez, es cosa sabida que la ética popular del mundo helenístico del siglo I e.c. —en el que se incluía el judaísmo de la diáspora— estaba moldeada por sentencias, aforismos, máximas, consejos y normas del estoicismo también popularizado.

El judaísmo anterior a Pablo, y él mismo, no fueron inmunes a la propaganda de normas morales por parte de los filósofos estoicos, que se encargaban de extenderlas en las charlas de los mercados y en cualquier ocasión propicia. Estas normas pasaron como ampliamente aceptadas a la moral popular, también judía, en la forma de listas de virtudes y vicios o de «códigos de conducta». Tanto asimiló el judaísmo estos modelos que en autores judíos como el Pseudo Focílides y Filón de Alejandría se encuentran catálogos semejantes. Pablo toma sus enumeraciones de virtudes y vicios, privados o sociales, de las listas estoicas que circulaban por doquier.

En esta línea, Pablo y los estoicos coinciden en ciertos principios de comportamiento. Así, el vivir conforme a la naturaleza —racional para unos; racional y espiritual, como «parte» suprema y divina del ser humano para Pablo—; el no dar importancia a los bienes materiales y perecederos; adoptar una actitud resignada ante las materias indiferentes para la vida (la muerte, el dolor y el placer, la reputación, los cargos), ante los acontecimientos enviados por una Providencia a veces incomprensible (interna al mundo para los estoicos, que debe denominarse más Hado que Providencia; externa y divina para el judeocristianismo); el hecho de que no merece la pena cambiar las estructuras sociales (ni Pablo ni el estoicismo condenan la esclavitud, por ejemplo, ni hacen esfuerzo teórico alguno por mejorar la condición social de la mujer), pero, a la vez, que existe la igualdad de los seres humanos

independientemente del sexo, de su etnia, de la nobleza de su cuna (todos somos iguales en el Mesías Jesús: Gal 3,26-28); el ideal de la autosuficiencia, compartido por Pablo, pues afirma haber aprendido a estar contento con lo que tiene, a andar escaso y a la vez sobrado (Flp 4,11-13); el considerar a los creyentes como miembros de una suerte de cuerpo metafórico, espiritual o místico del Mesías (1 Cor 12), pues la noción del cuerpo social es estoica; la necesidad, en fin, del buen comportamiento y la unión del grupo, fundamental en Pablo (por ejemplo, Flp 2,6ss; el himno al amor en 1 Cor 13), idea típicamente judía pero a la vez también igualmente básica en los estoicos, quienes prescribían un buen comportamiento con los otros seres humanos porque son nuestros semejantes.

Teología paulina básica

La teología de Pablo es aparentemente compleja, pero en realidad se mueve en torno a unos veinte conceptos fundamentales:

1. Pablo, como Jesús, solo se entiende bien si se le enmarca en la teología de la «restauración de Israel». El Apóstol parte, como Jesús, de una concepción heredada, mítico-histórica, que contempla al Israel de su tiempo como incompleto, que Dios restaurará en el tiempo mesiánico. Entonces Israel será la luz de las naciones (Is 42,6): en esos momentos finales en los que creía vivir Pablo era necesario que se cumpliera, por un lado, la petición de la Shemá de Israel («¡Oye, Israel. Yahvé es Dios único!»: Dt 6,4), de modo que los gentiles se incorporaran a la adoración del único Dios y, por otro, que se consumara también la compleja promesa de Dios a Abrahán y a todo el Israel futuro, pues quedaba aún por cumplir su tercera parte: Abrahán tenía que ser el padre no solo del pueblo elegido, sino también de «numerosos pueblos» (Gn 17,5).

2. El tiempo mesiánico había llegado con la venida del Hijo de Dios, el Mesías, Jesús, a la tierra, quien traía el encargo de restaurar la situación primera de la humanidad arruinada por el pecado de Adán. En efecto, el pecado del paraíso había quebrado el propósito de la creación, afectándola entera (Rm 8,20) y dentro de ella especialmente al comportamiento del ser humano y de su progenie. Como secuela de la transgresión de Adán surgieron en el mundo los dominios de la muerte y del pecado (Rm 7,9-11), que impiden la amistad de la criatura con su Creador (Rm 5,12).

3. El primer intento de Dios para arreglar esta situación que va en contra de sus más íntimos deseos fue establecer una alianza con una parte de la humanidad que no se había dejado llevar de la idolatría e inmoralidad generalizada a causa del pecado. Para ello escogió a un ser humano que dentro de la inmensa marea de maldades había descubierto que solo existe un Dios, y que solo a él se debía toda adoración y respeto: Abrahán (Gal 3,6; Rm 4,1-25). Pero, en primer lugar, Dios lo pone a prueba. Siendo ya un anciano, le hace una promesa a todas luces humanamente imposible e increíble: su mujer concebirá un hijo en contra de las expectativas naturales (Gal 3,15). En ese hijo radicará la solución al problema, pues a través de él y de su progenie será Abrahán el padre de numerosa descendencia, un pueblo

fiel al propósito de la creación, con lo que se enderezará el rumbo torcido de esta. Abrahán, contra toda lógica humana, hace un acto de fe y de confianza en esa divinidad que le promete cosas inauditas, y cree en lo que ella le dice. Dios se siente agrado y la fe/confianza que el ser humano escogido ha depositado en él, se ve premiada de inmediato con una declaración divina de su rectitud moral. Dios computa la fe y confianza de Abrahán como acto de justicia (Gal 3,6), declarándolo amigo suyo, lo que significa que le perdona cualquier falta pasada. Si antes, en su vida, había hecho algo malo, al punto queda borrado ante Dios.

Superadas las pruebas, Dios establece luego con Abrahán una alianza formal (2 Cor 3,14) que concibe como un remedio a la falta de Adán. Naturalmente, la fe de Abrahán lo lleva a ser fiel a la divinidad que le ha hecho tales promesas. Su fidelidad se demostrará cuando el mismo Dios decide ponerla a prueba ordenándole sacrificar al hijo depositario de tan brillantes esperanzas de futuro, Isaac (Rm 9,7). Abrahán cree a pesar de todo y obedece. Dios lo vuelve a premiar.

4. Sin embargo, la elección de la prole de Abrahán y su fidelidad, como remedio y ejemplo para que el resto de los pueblos la imite, no funcionó. Durante siglos se desarrolla la historia del pueblo elegido, el hebreo, inmersa de igual modo en la vorágine pecadora de los otros pueblos, pues desgraciadamente, desde la muerte misma del patriarca, el pueblo hebreo comparte la corrupción de las naciones de su entorno (1 Cor 10,1; Rm 3,4.9).

La divinidad decide actuar de nuevo para poner coto a esta situación y resuelve concederle una ley (2 Cor 3,7-11) que lo ayude a comportarse como debe hacerlo con su Creador. Esta ley y el Dios que la otorga deberán ser espejo, ejemplo y objeto de adoración para el resto de las naciones. La norma de vida fue dada por Dios a Moisés en el monte Sinaí, aunque no directamente, sino por medio de ángeles (Gal 3,19). Esta ley es un complemento posterior a las promesas y alianza de Dios con Abrahán, que tienen la primacía al ser cronológicamente anteriores (Gal 3,15-18). Además, la Alianza fue otorgada por Dios al patriarca cuando aún no estaba circuncidado. Luego la Promesa es anterior y superior a la Ley.

Desgraciadamente Israel no es fiel a su elección, alianza y ley. Las infracciones se repiten a lo largo de la historia del pueblo y Dios lo amonesta y lo corrige continuamente por medio de profetas (Rm 1,2). En más de una ocasión le envía grandes castigos (Rm 3,5- 6), incluso el exilio, en Babilonia, aunque acaba perdonando siempre al pueblo arrepentido porque las promesas divinas son irrevocables (Rm 11,29). El éxodo de Egipto y la vuelta del exilio serán las señales prominentes de la bondad y providencia de Dios con su pueblo elegido como modelo de justicia divina (Rm 1,17) y garantía de salvación definitiva.

5. Pasados no muchos siglos, llega la plenitud de los tiempos (Gal 4,4). Dios, que controla la historia desde la lejanía, interviene en el mundo —esta vez definitivamente, aunque por medios incomprensibles (1 Cor 1,18-25)— para que se arregle el caos de la situación humana de modo que quede liberada de

la tiranía del pecado y de la muerte (1 Cor 15,24-26). El plan de Dios consiste en enviar al mundo un mensajero especial, su Hijo, como agente o virrey, el Mesías (Gal 4,4), por medio del cual rectificará definitivamente los males del pueblo elegido, de la humanidad y de la creación entera.

6. El momento crucial es el tiempo de Jesús de Nazaret y, posteriormente, el que le ha tocado vivir a Saulo/Pablo (1 Cor 7,29). El Mesías, Jesús, aparece como un hombre en la tierra de Israel (Rm 1,3), pero no es admitido por su propio pueblo, el judío, que le inflige una muerte horrible, en cruz. Pero ese hecho estaba previsto por la sabiduría de Dios desde la eternidad (1 Cor 1,18-19). Gracias a la obediencia del Mesías, totalmente contraria a la desobediencia de Adán, al aceptar su terrible sino, la cruz, con la misma o superior fidelidad que Abrahán, quien había aceptado la muerte de su hijo (Flp 2,8), Dios calma su ira contra la humanidad, es decir, le perdona los pecados (2 Cor 5,18-19; Rm 3,25) y dispone los medios para que potencialmente cada ser humano, ya sea del pueblo elegido o de las naciones gentiles, pueda apropiarse individualmente de los beneficios de lo sucedido en la cruz.

Tras haber aceptado su sino terrenal, el Mesías resucita y es exaltado por Dios (Rm 8,34), quien confirma su estatus de Hijo, otorgándole además el rango de señor divino (Flp 2,11) y ratificándolo en su función de mesías (1 Cor 2,8; 8,6). Este menester implica que el Mesías ha de volver a la tierra a concluir su misión, a clausurar la historia terrena e inaugurar su propio reino y el de Dios Padre (1 Cor 15,24- 28).

7. Pasado un cierto tiempo, Saulo tiene una visión del Resucitado (Gal 1,16), quien lo escoge sorprendentemente para convertirlo de perseguidor en miembro del grupo por él perseguido (Gal 1,12). Dios lo ha llamado para ser esclavo y apóstol del Mesías (Rm 1,1), ante todo entre los gentiles (Gal 2,7). Este evento no es una «conversión» a religión nueva alguna, ya que el cristianismo no existía aún, sino una «llamada» divina que le instaba a aceptar otro tipo de ideas acerca de cómo era el Mesías, Jesús, y su obra, y a convertirse en su mensajero (Gal 1,15). Por ello cambia su nombre de Saulo, un monarca de Israel, a Paulo, el «Pequeño (esclavo/siervo de Yahvé y de su mesías)». Pablo extiende la llamada divina a los conversos a la fe en el Mesías, y considera que esta llamada suya estaba predeterminada por Dios desde toda la eternidad. Dios ha decidido misteriosamente quiénes se salvarán y quiénes no (2 Cor 2,14-16; Rm 9,20). Existe, sin duda, en Pablo un sentimiento predeterminista, aunque él no lo considere incompatible con la responsabilidad personal en caso de rechazar la llamada divina a creer en el Mesías.

Dios le encomienda, como a Isaías o Jeremías (Gal 1,15), una misión especial: explicar las consecuencias de la peripecia del Mesías, su muerte y resurrección/exaltación, destinadas a que se cumplan finalmente los designios divinos sobre la creación y la totalidad de las promesas a Abrahán junto con el desiderátum expresado por la Shemá, que Yahvé sea el Dios de todas las naciones. Para ello es preciso conducir a los gentiles (Gal 2,7-8), llamados por Dios a la fe del Mesías, y a que se injerten en el seno del pueblo elegido, Israel (Rm 11,17).

Habr  así en el tiempo mesiánico un pueblo elegido, hijo natural de Abrahán, y numerosos pueblos, hijos adoptivos del Patriarca (Gal 4,5; Rm 8,23). El concepto de «elección/llamada» —tanto a él como a otros seres humanos— y de «filiación adoptiva» de los gentiles conversos respecto a Dios desempeña un papel importantísimo en Pablo. El conjunto de su mensaje, recibido por revelación divina, sobre Jesús y la salvación por él aportada no solo de los judíos, sino de los gentiles que crean es denominado «evangelio», «buena nueva/noticia» (1 Tes 1,5), por Pablo mismo.

8. A la luz de su llamada y de la información sobre Jesús que recibe de sus hermanos en la fe, Pablo reflexiona sobre los temas vitales del juda simo, partiendo de la idea de que ya se est  en el tiempo mesiánico y que el final vendrá enseguida. Como a Pablo no le interesa otra cosa que vivir su religión, el juda simo, de una manera renovada e intensa en el Mesías (Gal 2,20 y Flp 1,21; 3,7-11), no se le puede ocurrir ni por un instante que sus reflexiones en torno a la figura y misión de Jesús vayan ordenadas a superar el juda simo o fundar religión nueva alguna.

Esto no impide que Pablo repiense, reinterpretate y redefina los conceptos teológicos de su religión judía implicados en torno a la salvación del Israel restaurado en la época mesiánica a la luz del mandato que cree haber recibido en su llamada, con la consciencia plena de que el tiempo que resta para la consumación final es muy corto (1 Cor 7,29): el paso hacia el reino de Dios ocurrirá en su propia generación.

9. Pablo reflexiona sobre el Mesías, Jesús, a la luz de su revelación. Es obvio para él que el pueblo israelita ha de aceptar tarde o temprano al Mesías; más bien pronto que tarde (Rm 10). De lo contrario, toda la historia bíblica, que apunta al Mesías de Israel (Rm 10,4), carecerá de sentido. Como el Mesías es el instrumento por el que Dios lleva a buen término su alianza con el pueblo elegido y restituye a la creación su finalidad primigenia (2 Cor 5,17), Pablo reflexiona sobre su naturaleza, primero como ser humano y, segundo, como entidad divina.

a) Como ser humano, el Mesías fue un varón de la estirpe de David (Rm 1,3), el receptor de la promesa divina a Abrahán, que cumplió su misión entre los judíos (Rm 15,8). Como verdadero rey de Israel, aunque espiritual, descendiente de David y señor celestial, Jesús es también el señor verdadero del mundo (1 Cor 8,6), no el César, a quien los paganos adoran idol tricamente como un dios. Jesús trae libertad, justicia, paz y salvación, todo aquello que promete otorgar el emperador según la falaz propaganda imperial. En esto consiste fundamentalmente la «teología política» de Pablo. En cuanto a la relación de los creyentes en el Mesías con el Estado, el Imperio romano, Pablo no opta por teoría nueva alguna. No le interesa en absoluto oponerse a una autoridad a la que le resta poco tiempo de existencia. Y, por otro lado, considera que para mantener el orden y la paz hasta que llegue el final, la autoridad legalmente constituida representa a Dios (Rm 13,1-7).

El Mesías, como Hijo, acepta ser asesinado por los hombres (1 Cor 2,8). A pesar de las apariencias, la muerte del Mesías fue en verdad la realización de

la «justicia de Dios» entendida como fidelidad de este a su creación y a la Alianza (Rm 3,21-26). A su vez como expresión de la fidelidad y de la obediencia perfectas a Dios por parte de Jesús (Flp 2,8), la muerte en cruz calmó totalmente la ira divina, expió el pecado de toda la humanidad, incluido el de los judíos, de modo que restableció la amistad perdida de los humanos con su Creador (2 Cor 5,18-19). Esta fidelidad de Dios condujo en último término a una nueva alianza y una creación nueva, que no rompe en modo alguno, sino que perfecciona la antigua (1 Cor 11, 23-26; 2 Cor 3,6). La indeseable situación de enemistad del Creador con su criatura predilecta, el hombre, ocurrió como había sido predicho por los Profetas, es decir, todo sucedió «según las Escrituras». Para Pablo, esta expiación es una muerte sacrificial del Mesías similar a los sacrificios del Templo (1 Cor 5,7; 10,16-21; Rm 5,9-10), y se rige por un principio común.

Pero la muerte del Mesías no fue el final: Jesús resucitó. Ahora bien, no se resucitó a sí mismo, sino que fue resucitado por Dios (Rm 1,3-4); por ello está sometido y subordinado por entero a Él, su Padre (1 Cor 15,28). El Mesías es el segundo y perfecto Adán, la síntesis de lo mejor del ser humano (Rm 5); el primero, carnal, desobediente e infiel, fue el causante del asentamiento en el mundo del pecado y la muerte; el segundo, espiritual, obediente y fiel, ha sido destinado a dar la vida, una vida nueva (1 Cor 15,45).

b) Pablo reflexiona sobre el Mesías resucitado como entidad divina. Aunque tenga en cuenta a Jesús como mesías humano (Rm 1,3-4), muestra hacia él poco interés teológico, salvo sobre su muerte y resurrección con todos sus efectos de salvación. Dios, en la época mesiánica, al final de los tiempos, actuó manifestándose hacia fuera por medio de su Mesías (Rm 8,3-4), que era como una «extensión» de sí mismo. Incluso durante su tránsito por la tierra como humano, estaba presente en Jesús la Sabiduría divina, puesto que era hijo especial de Dios y el espejo en donde aquella Sabiduría podía ser contemplada (1 Cor 10,4).

10. En la mente de Pablo, la creación aparece como personificada, y muestra sus deseos de participar en la renovación que trae el plan divino de redención de la humanidad (Rm 8,19-22). Al igual que la historia de Israel llega finalmente a su plenitud en la época mesiánica, así ocurre con la creación entera: conforme a un anhelo propio, la creación será liberada de toda corrupción por la acción del Mesías. Al final de los tiempos, esta renovación se considerará con toda justicia como una «creación nueva» (Gal 6,15; 2 Cor 5,17).

11. Pablo repiensa la Alianza/elección de Israel a la luz de las promesas divinas a Abrahán (pueblo/tierra/padre de multitud de naciones). El cumplimiento en época mesiánica de la tercera parte del pacto de Dios con Abrahán —la entrada de los gentiles en el Israel renovado— es tan profundo que Pablo, siguiendo al profeta Jeremías, no duda en denominarla «nueva alianza» (1 Cor 11,25; 2 Cor 3,6), aunque no sea esta más que una ampliación y redefinición de la antigua.

La alianza renovada supone que Israel será finalmente «la luz de las gentes», pero este hecho no le debe hacer pensar que tal función gloriosa como pueblo elegido (Rm 3,12) constituye un privilegio único que dura incluso al final de los tiempos, que lo sigue segregando de las otras naciones, de modo que se sienta aislada y superior a ellas, aunque se conviertan al Mesías (Rm 2,11; 3,29). En el nuevo pueblo mesiánico no hay solo judíos.

12. Pablo repiensa el valor de la ley del Sinaí en la época mesiánica, y defiende que la Ley es divina y, por tanto, buena y justa (Rm 7,12-13). Insiste en que la ley de Moisés será la base para juzgar en igualdad de condiciones tanto a judíos como gentiles en el juicio final (Rm 2,12-16).

No queda claro del todo en Pablo, dada la inminencia del fin del mundo, si los hijos de los judíos aún en vida, nacidos en época mesiánica, han de ser circuncidados o les basta con la fe de sus padres en el Mesías. Muy probablemente lo primero (en contra de lo manifestado en Hch 21,21), pues en el sistema de Pablo no pueden confundirse los pueblos, han de seguir existiendo los dos pueblos, judíos y gentiles conversos de numerosas naciones, hasta la parusía.

Todo el pensamiento paulino en torno a la ley de Moisés —tanto para los judíos tras la venida del Mesías, como para los paganos y su salvación— gira sobre la idea básica de que la Ley cambia en época mesiánica (Gal 3,25; 4,4-5; 2 Cor 3,14-16), para mejor. El Mesías, como reflejo de la Sabiduría divina, tiene poder incluso para cambiar la Ley respecto a su observancia por los paganos. Si no se acepta esta noción como charnela sobre la que gira la ley «nueva» según Pablo, no puede entenderse su pensamiento.

13. El eón (tiempo/época) presente, que está a punto de acabar, señala el límite temporal para crear finalmente una familia universal, única, la nueva «familia de Dios», compuesta de hijos naturales y adoptivos de Abrahán, judíos y gentiles, respectivamente, que no cambian de estatus religioso (1 Cor 7,18). Esta familia es el pueblo de Dios renovado. Para Pablo, quien se salva es solo y únicamente Israel, y no cualquier otra entidad. Porque los hijos de Abrahán, naturales o adoptivos, son igualmente Israel. Este nuevo pueblo es el «Israel de Dios» formado por dos pueblos (Gal 6,16).

14. La incorporación de judíos y gentiles al «nuevo Israel», es decir, al Israel de la alianza renovada (1 Cor 11,23-26), se hace por medio de la proclamación del evangelio, la buena noticia del Mesías. El que la acoge con fe y confianza recibe de inmediato el don del Espíritu de Dios y de su Mesías (1 Tes 1,6; Gal 3,2-5); o mejor, es ese Espíritu el que está impulsando de antemano esa fe/confianza que acepta la proclamación. Inmediatamente, el creyente fiel es «declarado justo» por Dios (Gal 3,5-9). Esta «justificación» lo convierte en libre de pecado, lo reintegra en la amistad con la divinidad, y lo hace apto para formar parte del nuevo pueblo de Dios (Rm 3,25). Consecuentemente, se le otorga la garantía de la salvación futura.

15. Los gentiles, al creer en el Mesías, reciben también su «circuncisión», pero espiritual, que sustituye a la circuncisión carnal, que queda solo para los judíos (Flp 3,3). La nueva circuncisión es la «justificación por la fe», actuada por el

poder del Espíritu. La circuncisión espiritual significa el ingreso del pagano converso en el nuevo Israel mesiánico (Gal 6,16).

16. Los creyentes en Jesús, el Mesías, judíos y gentiles, después de una vida de tribulaciones por la imitación del Mesías en un mundo injusto (2 Cor 4,10.16-17), verán confirmado su estatus de «justos» en el juicio final y serán admitidos en el reino del Mesías, primero, y en el reino de Dios, definitivo, a continuación (1 Cor 15,24).

El concepto de Jesús de un reino de Dios único (aunque realizado primero sobre la tierra de Israel y luego en el paraíso: Me 10,30), es repensado e interpretado en Pablo dividiéndolo en dos —«reino del Mesías» y «reino de Dios»—, sacándolo de la instauración en la tierra de Israel y trasladándolo al ámbito supramundano.

El primer reino, el del Mesías, comenzará tras el juicio final. No dice el Apóstol cuánto durará, dónde se establecerá, ni cómo terminará, pero sin duda concluirá con una suerte de «batalla cósmica» y a la vez espiritual, en la que el Resucitado someterá a todos los enemigos y los pondrá a sus pies. El último adversario en ser sojuzgado será la muerte. Luego vendrá el reino de Dios, el definitivo, el paraíso final y absoluto. Acaecerá tan pronto como, dominados todos los enemigos terrestres y celestiales, el Mesías entregue todo su poder a Dios Padre (1 Cor 15,24-28). Entonces la creación entera volverá plenamente a sus gloriosos comienzos (Rm 8,19-22) y Dios, el Dios único, será «todo en todos». Según Pablo, ese reinado consistirá en estar para siempre con Dios y con su Hijo, el Señor; y será, en suma, la plenitud del querer, del conocer y del ser (1 Tes 4, 17).

17. Mientras tanto, y como un adelanto ahora de lo que será la bienaventuranza final, en una suerte de escatología casi previamente realizada, el Mesías resucitado y exaltado forma con el nuevo pueblo de Dios un cuerpo especial, denominado «cuerpo místico» (1 Cor 12,9-10; Rm 6,6-8). Este cuerpo es la semilla de lo que será la nueva creación (Gal 6,15; 2 Cor 5,17), posteriormente completada e impulsada por el Espíritu de Dios.

18. Aunque los judíos sean ahora infieles, increyentes; aunque se resistan a ser luz de las naciones y a formar parte de la familia única del Mesías, al final de los tiempos, muy pronto, aceptarán todos a Jesús y se salvarán todos, o al menos un resto significativo que valga por «todos» (Rm 11,26).

De este breve resumen de la teología básica de Pablo se deducen algunas notables consecuencias que han de tenerse siempre en cuenta a la hora de interpretar las siete cartas paulinas auténticas que siguen a continuación. Estas son:

- La religión de Pablo fue siempre el judaísmo, no una religión nueva. Consecuentemente, Pablo no fue nunca un cristiano en el sentido de hoy día. Pero su idea de que él vivía su judaísmo «en el Mesías», permite denominarlo «cristiano», es decir, «mesiánico» en este sentido. Debe entenderse a Pablo como un autor judío dentro del pluriforme judaísmo

de la época del Segundo Templo (desde el retorno del exilio en Babilonia hasta el 70 e.c.).

- Pablo se mantuvo toda su vida dentro de la obediencia a la ley de Moisés completa, porque —en su opinión— todo judío circuncidado, una vez justificado por la fe/confianza en el Mesías, no debe cambiar de estado; debe seguir también dentro del marco de la alianza especial que Dios ha concluido con su pueblo elegido.
- Pablo es también un profeta y un místico, y recibió de Dios Padre y de su Hijo continuas revelaciones. La más esencial es la que cuenta al inicio de Gal en la que Dios le reveló directamente las líneas maestras del «evangelio de su Hijo». No es de extrañar que esa revelación personal contenga motivos novedosos respecto al evangelio de Jesús, que es profundamente reinterpretado por Pablo a la luz de tales revelaciones, que condicionan también sus personalísimas interpretaciones de las Escrituras. Su modo de entenderlas es propio de alguien convencido de estar movido e iluminado por el Espíritu de Dios y de Jesús. En el ámbito de la innovación, tiene Pablo semejanzas notables con el Maestro de justicia de los qumranitas.

La extendida consideración de Pablo como el verdadero fundador del cristianismo habla por sí sola y no sería necesario ningún argumento más. Puede argumentarse también que hay en el mundo actual unos dos mil millones de personas que se describen como cristianas, al menos como «cristianas culturales», y que el noventa y nueve por ciento de ellas, como mínimo, dependen de Pablo para su concepción de la figura y misión de Jesús de Nazaret. Y puede añadirse que otras muchas personas defienden que la idea misma de Europa y Occidente, incluso en lo social y lo político, no se entiende sin el cristianismo, que es una cosmovisión básicamente nacida de esta correspondencia paulina.

No es relevante para la valoración del impacto paulino en la civilización occidental el que Pablo mismo no pretendiera jamás fundar religión nueva alguna. Lo importante es que —tal como se entendió— proporcionó la materia prima necesaria para que nuevos instrumentos, sus continuadores, fueran creando con el paso de los decenios, y siglos, una nueva religión con libros sagrados propios entre los que destacaba el propio Pablo. No importa, pues, para el impacto cultural el acierto o error de la interpretación (por ejemplo, un paulinismo desbocado o mal entendido llevó al antijudaísmo), sino el éxito de esta, la consolidación de sus líneas generales a lo largo de los siglos hasta hoy.» [Piñero, 2022: 93 ss]